This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
R726en

A 465834

MADRID.
IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.
1835.

LA ENTRADA

EN

EL GRAN MUNDO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS

DE

Don Tomás Rodriguez Rubí.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,

calle de Segovia, n. 6.

1845.

PERSONAS.

LA CONDESA.....	*Doña Matilde Diez.*
AMALIA.....	*Doña Plácida Tablares.*
LORENZO.....	*D. Julian Romea.*
EL VIZCONDE.....	*D. Florencio Romea.*
EL BARON.....	*D. Pedro Sobrado.*
EL MARQUÉS.....	*D. Antonio Alverá.*
JULIA.....	*Doña Micaela Durán*
CARLOTA.....	*Doña Trinidad Parra.*
GINÉS.....	*D. Antonio Lamadrid.*

Damas, caballeros y lacayos.

Año de 184....

Esta comedia es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

868
R726en

Acto primero.

Un salon de la casa del Marqués, adornado con muebles antiguos. A la derecha del actor una ventana: á la izquierda una puerta: otra en el fondo. En lugar conveniente una mesa cubierta con dibujos y utensilios de pintura.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, *dibujando.*

Ya está la composicion:
y hay semejanza, sí... ¡es él!
¡cómo obedece el pincel
á mi inquieto corazon!
Mas ¿por qué la mano mia
temblando ¡ay cielos! está?
Qué sé yo... ¿si entenderá
mi primo esta alegoría?
Hay un cupido asestando
sus flechas á una zagala,
que está vestida de gala,
al pié de un roble llorando.
Y una allá de la otra en pós
por encima de unas lomas,
volando van dos palomas

68
726en

465834

PROPERTY OF

The University of Michigan Libraries

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

porque es preciso ser yo,
y reconocer mi estado
poniéndose en mi lugar,
para saber apreciar
el lance que me ha pasado.

AMALIA.. Pero...

LORENZO. Bien, lo diré, sí...
verá usted como no es nada,
si luego á usted no le agrada
yo, por mi parte, cumplí.
Señorita, aunque en verdad
mando aquí y soy respetado;
yo no soy mas que un criado
con toda mi autoridad.
Es cierto que mi señor
sabiendo que no transijo...
me legó sobre su hijo
los derechos de tutor.
Pero á mí nada me altera,
y á pesar del testamento,
ni me he llenado de viento
ni he salido de mi esfera.
¿Tutor?... bueno, yo he llenado
mi deber como he podido;
pero aunque tutor, he sido
antes que todo criado.
Y á mi pupilo, en verdad
tratarle yo, bien pudiera,
asi... de cualquier manera
y con familiaridad.
Mas... nunca dí en esa flor,
porque es cosa que resisto
y porque en él siempre he visto
al hijo de mi señor.
Nada como él me interesa,
le visto, limpio su ropa
y pongo vino en su copa
cuando le sirvo en la mesa.
No le he faltado jamás;
el tratamiento le doy
y si le acompaño, voy
como su sombra, detras.

Pues bueno: cuando hoy entré
á vestirle en su escondrijo,
estas palabras me dijo
que jamás me olvidaré.
«Lorenzo, de hoy mas no quiero
que tanto por mí te afanes,
ni que el pan que comes ganes
lo mismo que un jornalero.
Confieso que he sido un niño,
porque pensé hasta este dia
que yo contigo cumplia
tratándote con cariño.
Mas no es esto á la verdad
lo que tu mereces hoy:
y supuesto que á entrar voy
pronto en la mayor edad,
quiero que vivas conmigo
no del modo en que hoy te empleas...
Lorenzo, quiero que seas
no mi criado, mi amigo.

AMALIA. (*Levantándose.*) ¡Escelente corazon!
¡cuánto me alegro... hace bien!

LORENZO. ¡Oh!... yo me alegro tambien...
y no es por la distincion,
no señora, que aunque honrosa
con mi genio no se aviene;
es porque indica que tiene
un alma muy generosa.
Yo lo he criado, y al ver
que todo ello es obra mia...
las lágrimas de alegria,
señora, siento correr.

AMALIA. Y tambien me harás llorar...

LORENZO. Es que yo...

AMALIA. Vaya... dejemos...

LORENZO. Y ¿qué hacer?... ¡já! já... lloremos,...
¿qué le hemos de remediar?
Por supuesto; y ya que hay tela
aprovechémosla ahora:
¡pues! si este llanto, señora,
es un llanto que consuela.

AMALIA. Lorenzo ¡qué bueno eres!

sí, mucho el Marqués tendrá
que agradecerte...

LORENZO. Eso vá,
señorita, en pareceres.
No hay nada que en él me cuadre
como ese genio, ese modo
de tratar... ¡oh!... y sobre todo,
es la imágen de su padre.
Y ahora me da en qué pensar...
pero acepto el compromiso:
ya es un hombre y es preciso
casarlo, no hay que dudar...

AMALIA. ¿Con quién?...

LORENZO. Con una muger,
pues ahí está, ese es el cuento...
cosa es la del casamiento
que el tino me hace perder.

AMALIA. ¡Qué! tan difícil será
que encuentres...

LORENZO. Yo solo sé
que ninguna encontraré
que me guste... claro está.

AMALIA. Tú el que se casa no eres...

LORENZO. Pero yo debo...

AMALIA. Inquirir...

LORENZO. ¡Hum!... vaya usted á elegir...
¡son el diablo las mugeres!

AMALIA. ¡Cómo!...

LORENZO. Tiene usted razon...
he salido á la verdad,
con una vulgaridad...
hago de usted una escepcion...
pero... ya se vé, yo quiero
para el Marqués, y es muy justo,
toda una esposa á mi gusto,
y como hallarla no espero...

AMALIA. ¿Qué prendas ha de tener
la que tú anhelas ahora?

LORENZO. Todas las buenas, señora,
y esto... ¡ca! no puede ser.

AMALIA. Veamos...

LORENZO. No tendrá tilde

si pinto yo á la doncella:
muy jóven.

AMALIA. Bien.

LORENZO. Y muy bella.

AMALIA. Eso...

LORENZO. Y honrada y humilde.

AMALIA. De sobra que las habrá.

LORENZO. Por supuesto, noble.

AMALIA. Bien.

LORENZO. Sin nervios...

AMALIA. ¡Já!... ¡já!... Tambien.

LORENZO. Y rica, muy rica...

AMALIA. (¡Ah!)

LORENZO. Ahí está punto por punto
cuanto juzgo indispensable...
Dígame usted, ¿es probable
que se encuentre todo junto?

AMALIA. Pides tanto...

LORENZO. Una friolera;
yo pido para el Marqués
si es demasiado, él despues
que rebaje lo que quiera.

AMALIA. ¡Ay!... me vuelvo á dibujar.

LORENZO. ¿Usted nada me replica?

AMALIA. Hermosa y noble y muy rica...
algo habrá que rebajar.

LORENZO. No gran cosa: por mí sé,
como hombre esperto y machucho,
que sin afanarme mucho
lo que busco encontraré.

AMALIA. ¡Está bien por vida mia!...
¿pues no me has dicho que no?...

LORENZO. Es que eso lo dije yo
por ver lo que usted decia.

AMALIA. ¿De veras?...

LORENZO. ¡Toma!... cabal.

AMALIA. ¿Imaginastes ya?...

LORENZO. Sí.

AMALIA. Y ¿dónde?...

LORENZO. Cerca de aquí...

AMALIA. Pero... ¿rica?...

LORENZO. Ps... tal cual.

Yo tampoco aspiraré
á la mas alta grandeza...
por ejemplo, una riqueza
asi como la de usté...

AMALIA. (*Vivamente.*) ¡Cómo! ¿presumes que yo
puedo aspirar á ese puesto?

LORENZO. (*Sonriéndose.*) Sí señora, por su puesto,
¿quién lo duda? ¿por qué no?

AMALIA. ¿Sí?... (*Con alegria.*)
mas... ¿qué digo? (*Reprimiéndose.*)

LORENZO. ¡Bobada!

AMALIA. Perdona... que me olvidé...

LORENZO. ¿Qué le hace?... ¡vaya!.. ¿por qué
se pone usted colorada?

AMALIA. Es que... como...

LORENZO. Sí, ya entiendo:
¡ah!... yo conozco á mi gente...
Vamos, negocio corriente
será por lo que estoy viendo.

AMALIA. Pero no digas jamás...

LORENZO. Aquí está el señor Marqués...

AMALIA. (*Bajo.*) (¡Por Dios que á entender no dés...)

LORENZO. ¡Vaya!... no faltaba mas.
(Se acabó, es negocio hecho.)

ESCENA III.

Dichos y el MARQUES.

AMALIA. Señor, Marqués, muy buen dia.

MARQUES. Muy buenos, Amalia mia.

AMALIA. Tarde has dejado hoy el lecho.

MARQUES. La noche no ha sido buena.

AMALIA. ¿Qué dices!... nada he sabido...

MARQUES. No... nada, es que no he dormido.

AMALIA. Y estaba yo tan agena...

LORENZO. Ya hace dias que le noto
pensativo, cabizbajo,
y por mas que yo trabajo
y mi pobre ingenio agoto...
nada, no puedo encontrar
de su tristeza el por qué.

¡Qué diablos!... ¿qué tiene usté?
no nos haga usted penar...

MARQUES. No es nada... es un mal humor,
al cual, por mas que resisto...

LORENZO. Lo mismo siempre; está visto
que yo no sirvo, señor,
para averiguar secretos.
Que no es nada... no será;
pero en tanto usted está
triste y nosotros inquietos.
Me voy, me voy, se acabó;
tengo una estrella maldita...
á ver usted, señorita,
si averigua mas que yo.

ESCENA IV.

AMALIA *y el* MARQUES.

MARQUES. ¡Já!... ¡já!...

AMALIA. ¿Te ries, Luis?

MARQUES. Y ¿qué he de hacer, prima mia?
¿No ves á mi buen Lorenzo
cuán pronto se formaliza
y renegando se vá
por una cosa tan nimia?

AMALIA. Eso le honra: él por tí
se desvela, se fatiga,
y de tu rostro y acciones
no aparta un punto la vista.
si estás triste, se entristece,
si contento, su alegria
es estremada... ya ves
cuán pronto su afan se esplica.

MARQUES. Es cierto, su adoracion
ya raya en idolatria.

AMALIA. Por eso estrañar no debes
que tanto en saber insista
el por qué de esos pesares
que á todos nos mortifican.
Sus poderes me ha dejado,
y ya sabes que tu prima

es muy curiosa; con que...

MARQUES. Pero ¿qué quieres que diga?

AMALIA. ¿Qué es eso, tambien conmigo
sostendrás la negativa?

MARQUES. No te canses, bella Amalia,
es una cosa inaudita,
que aunque decirla pudiera
tal vez no la entenderias.

AMALIA. ¿Que no? despues lo veremos.
Se me alcanza algo de enigmas...

MARQUES. Dejémoslo estar por hoy.
Antes de venir ¿qué hacias?
¿Dibujabas?

AMALIA. (*Enojada.*) No lo sé.

MARQUES. Ya que la respuesta esquivas
yo lo veré... (*Dirigiéndose á la mesa.*)

AMALIA. (*Adelantándose, y cubriendo el dibujo con el pañuelo.*) ¡Ah!... ¡nada de eso!...
No está bien que yo transija
dando á tu curiosidad
lo que niegas á la mia.

MARQUES. Pero si...

AMALIA. ¡Vuelta, Marqués!...
no lo de antes me repitas:
habla y verás el dibujo...
¿Callas?... lo rasgo...

MARQUES. ¡No!... mira...

AMALIA. ¿Prefieres hablar?... me alegro:
ya te escucho.

MARQUES. ¿Hay tal mania?
mi secretos saber quieres...
¿me creerás cuando te diga
que yo mismo no los sé?

AMALIA. Pues me gusta la salida.
¿Quién quieres, Luis, que crea
tan descarada mentira?

MARQUES. Pues sin embargo, es verdad.

AMALIA. Entonces ¿qué te contrista?

MARQUES. Qué sé yo... no tiene nombre...
solo sé, Amalia querida,
que en un reposo gracial
mi juventud se desliza.

Y no obstante yo estoy bien;
do quier que vuelvo la vista
encuentro seres queridos
que por mí se sacrifican.
Pero un dia en esta casa
se parece al otro dia,
todos iguales, no encuentro
variedad, alternativa
y... lo confieso, me canso
de tanta monotonía.
Hay mas: yo he soñado un mundo.
una sociedad distinta
de la que aquí me rodea
donde hay movimiento y vida,
y aventuras y saraos
y sensaciones contínuas
y como aquí no la encuentro,
porque aquí, tal vez no exista,
sospecho que esta es la causa
que me atormenta hace dias.

AMALIA. ¡Atónita me has dejado,
Marqués!... y yo que creia
que eras feliz como yo
en esta mansion tranquila...

MARQUES. ¿Feliz?... sí, debiera serlo...
y lo seré: esta mania
sabré vencer poco á poco,
y acaso el tiempo la estinga...

AMALIA. ¿En qué esa esperanza fundas?

MARQUES. En la fortaleza mia.
¿Qué puede haber en la tierra
que al hombre, tenaz resista,
si lo que anhela acomete
con voluntad decidida?
Saldré de Madrid.—Prefiero
la soledad de mi quinta,
el murmullo de los bosques,
las flores de la campiña,
al aislamiento, al destierro
que disfruto en esta villa.
Si os quereis quedar aquí,
no habrá nadie que os lo impida;

quiere decir que mis libros
y aquellas gentes sencillas,
con mis armas y mis perros
me harán alli compañia.—

AMALIA. ¿Y con esa indiferencia
de Lorenzo y de tu prima
te alejarás...

MARQUES. ¿Y qué quieres...
ha llegado á ser precisa...

AMALIA. ¿Quieres huir de nosotros?
Marqués, ¿tal vez te fatiga
nuestra presencia...

MARQUES. ¡Qué dices!
¿por qué tal cosa imaginas?
¿Puede haber nunca en el mundo
dos personas mas queridas
para mí que tú y Lorenzo?
la duda me ofenderia.
Pero vosotros aqui
no participais, por dicha,
de mis raros pensamientos,
y no está bien que yo exija
que á donde voy por mi gusto
sin él los demas me sigan.

AMALIA. A donde quiera que vayas
te seguirá tu familia.

MARQUES. ¿Sin violencia?

AMALIA. Sin violencia,
con la mayor alegria.

MARQUES. Y en ello me harás un bien
que no olvidaré en mi vida.

AMALIA. ¡Un bien!... ¿por qué?...

MARQUES. Porque noto
que á tu lado se disipan
esas sombras del gran mundo
que cuando estoy solo giran
en mi derredor, y siempre
me seducen, me fascinan.

AMALIA. ¡Ah!

MARQUES. Sí, en el campo tendremos
una vida mas activa:
la caza...

AMALIA. Sí, sí: y las flores...
MARQUES. Hay allí preciosas vistas
que copiarás, y es mas puro
el aire que se respira.
AMALIA. ¡Qué hermoso es eso, Luis!
Dime, ¿cuándo es la partida?
MARQUES. Si Lorenzo no se opone,
ahora mismo...

ESCENA V.

DICHOS *y* GINES.

GINES. ¿Señorita?
AMALIA. ¿Qué es eso?
GINES. Ha parado un coche
á la puerta, y para usia
esta tarjeta un lacayo
me ha entregado...
AMALIA. ¿Yo visitas!
MARQUES. ¿De quién...
AMALIA. (*Leyendo.*) «La Condesa viuda
de la Palma...» Por mi vida
que no recuerdo...
GINES. Me dijo
tambien que si recibia...
AMALIA. Sí, que pase.—¿La Condesa (*Vase Gines.*)
viuda de la Palma?... enigma
es todo esto para mí...
Como hace tan pocos dias
que estoy en Madrid, no tengo
ni relaciones, ni amigas...
MARQUES. Pronto saldrás de esas dudas...
aqui llega.
AMALIA. (*Saliendo al encuentro de la Condesa.*)
¡Ah!... ¡Carolina! (*Se abrazan.*)

ESCENA VI.

AMALIA. LA CONDESA. EL MARQUES.

CONDESA. ¡Amalia!... ¡broma completa!

AMALIA. Sí, pero muy de mi agrado.
CONDESA. ¡Cuán poco en mí habrás pensado
al recibir mi tarjeta!...
AMALIA. Era un secreto profundo
para mí...
CONDESA. No tiene duda.
AMALIA. Que eras condesa.
CONDESA. Sí, y viuda.
AMALIA. ¡Qué pronto!...
CONDESA. Cosas del mundo.
Pues querida, ya lo ves;
yo siempre pensando en tí...
(*Mirando con coqueteria al Marqués.*)
¿Es tu primo el Marqués...
AMALIA. Sí.
MARQUES. (*Saludándola turbado.*)
Señora... (¡Qué bella es!)
CONDESA. (¡Novicio!) ¡Qué retirado,
Marqués, vive usted del mundo!
MARQUES. Es... que... sí... por... (¡me confundo!)
CONDESA. (¡Ay, qué gracia!... se ha turbado...)
Dícenme que usted estima
la soledad...
MARQUES. Mi aficion...
CONDESA. Pero, amigo, no es razon
que esclavice usté á su prima...
MARQUES. ¡Yo! ¿Condesa?
CONDESA. Yo no sé...
eso dicen por ahí...
pero á ver que estoy yo aqui
y yo lo remediaré.—
Si á usted le place el retiro,
allá usted, nadie le obliga...
pero respecto á mi amiga
hay que tomar otro giro.
Pues no es cosa... ¡vaya un duo!
Una jóven con belleza,
de la mas alta nobleza,
viviendo aqui como el buho...
¡Qué horror!
AMALIA. No... por él...
MARQUES. Por mí...

CONDESA. Dejémoslo estar, Marqués,
que ya veremos despues
lo que hemos de hacer aqui.
Hablemos, querida mia,
de aquellas dulces memorias
de nuestra infancia; ¡qué historias
las nuestras!... ¡quién lo diria!...

AMALIA. La mia ya la sabrás;
murió mi padre en Paris.

CONDESA. Sí, y volviste á tu pais.

AMALIA. La tuya, tú me dirás.—

CONDESA. Tambien la mia es bien corta...
sí, poco te cansaré,
porque solo te diré
aquello que mas importa.
Ya sabes que del convento
donde á ambas nos educaron,
mis parientes me sacaron
al pactar mi casamiento.
Quedó el negocio concluido:
con el conde me casé,
y antes del año enviudé...
pero heredé á mi marido.
Rica y libre á no dudar,
me encuentro tan bien, querida,
que paso la mejor vida
que puedes imaginar.
Tengo aqui mil amadores
en torno mio zumbando,
que me obligan á ir pisando
sobre una alfombra de flores.
Luego el viajar me electriza,
y cada año, bella Amalia,
me voy á Francia ó á Italia,
á Inglaterra ó la Suiza.
¡Pues! siempre en actividad,
la tengo como ninguno...
vuelvo y en casa reuno
la mas alta sociedad.
El rato se pasa bien:
concurre allí lo mas bello...
se canta... en fin, es aquello,

segun dicen, un Eden.
Todo ésto pasa por mí,
y esta es mi historia cumplida:
¿qué te parece mi vida?
¿es de tu agrado?

AMALIA. ¡Oh! sí, si.

MARQUES. (¡Qué encantadora muger!)

CONDESA. Pues yo quiero, Amalia bella,
que tú participes de ella...
y no me atrevo á ofrecer
al señor Marqués lo mismo,
pues dicen que es á su edad
tan dado á la soledad
que ya raya en fanatismo.

MARQUES. ¡Ay! no hay tal, señora mia,
al contrario... nada de eso...
si el gran mundo es mi embeleso...

CONDESA. ¿Con que sí?... ¡yo bien decia!...
con tan brillante fortuna
y juventud... ¡claro está!
pero como usted no va,
que yo sepa, á parte alguna...

MARQUES. No es por falta de deseo;
pero el tutor...

CONDESA. ¿Es adusto,
y usted se encierra á su gusto?
tutor... ¡magnífico empleo!
¿Es decir que á mi pesar
y aunque doy baile mañana,
me quedaré con la gana
de que usted me vaya á honrar...

MARQUES. Iré, señora...

CONDESA. Marqués,
tendré mucha complacencia...
pero pida usted licencia,
porque si el tutor despues...

MARQUES. Condesa, no se opondrá,
porque recibo un honor...

CONDESA. Usted verá lo mejor
y segun ello obrará.
No sé como hay quien resista
esa vida de cartujo...

¿y tú, qué te haces?

AMALIA. Dibujo...

CONDESA. ¡Oh! ya serás gran artista...

AMALIA. No por cierto, aunque me pesa.

CONDESA. Modestia conmigo, bien:
yo he dibujado tambien,
ya sabes... ¡Hola!... tu mesa (*Se levanta.*)
y encima de ella unos cuantos
dibujos... mucho me agrada.
(*Dirigiéndose á la mesa.*)

AMALIA. No los mires.

CONDESA. Nada, nada,
quiero ver tus adelantos.

AMALIA. Te ruego...

CONDESA. Deja...

AMALIA. (Eso es,
y verá...)

CONDESA. (*Examinando el dibujo que ha estado trabajando Amalia.*)
¿Haces este ahora?
¡Ay! ¡tú eres esta pastora!
y este cupido... ¡el Marqués!

MARQUES. ¡Cómo!

AMALIA. (¡Ya no hay esperanza!)

CONDESA. Es tan claro como el dia...

MARQUES. ¿De veras? pues no sabia...

CONDESA. ¡Completa es la semejanza!

AMALIA. Por hacer algo... un capricho...

CONDESA. ¿Tan poca importancia das...
¿un capricho... y nada mas?

AMALIA. No, nada mas... ya te he dicho...

CONDESA. ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Dios poderoso!
y hay palomas por allí...
con su lazo... es bello, sí,
el caprichito dichoso.
Mas te diré mi opinion
si oirla no te incomoda...
mira, ya no está de moda
tu linda composicion.
Bien se ve lo que deseas;
mas las palomas, los nidos,
pasaron con los cupidos

las Cloris y Galateas.
Y es necesario vivir
con el tiempo, Amalia mia,
tu composicion haria
hoy á cualquiera reir.
Por lo demas, yo te digo
que me encanta... sí, esto es...
¿qué dice el señor Marqués?
¿Usted no opina conmigo?

MARQUES. Con efecto... ¿Cómo no...

CONDESA. Sí señor, ¿qué duda tiene?
¿Oyes? tu primo conviene
con lo que te he dicho yo.

AMALIA. No será advertencia vana.

CONDESA. No olvides nuestro consejo...
y á Dios, Amalia, te dejo...
que no me faltes mañana.
(*Deteniendo á Amalia que quiere acompañarla hasta la puerta.*)
¿Cumplidos entre las dos?
quédate.

AMALIA. No, sino es...

CONDESA. (*Dando la mano al Marqués.*)
Basta que lo haga el Marqués...

MARQUES. Sí, Condesa...

CONDESA. Adios, adios. (*A Amalia.*)

ESCENA VII.

AMALIA. *Despues el* MARQUES.

AMALIA. ¿Qué pasa por mí?... ¿qué es esto?
Dios mio... ¡cuántos sonrojos!
¿Es posible?... ante sus ojos
¡qué en ridículo me ha puesto!
Y yo que... ¡triste de mí!
llegué un tiempo á imaginar...
pero, ¿quién pudo esperar
que me tratáran asi?
Maldiga el cielo la hora
en que el dibujo empezé...
mis pinceles romperé...

MARQUES. (¡Hay muger mas seductora!)
AMALIA. A Dios trabajos perdidos
de vosotros se mofaron...
MARQUES. ¡Amalia!... ¿qué haces...
AMALIA. Pasaron
las pastoras, los cupidos...
MARQUES. Mas ¡tente!... ¿por qué severa
rasgas dibujos tan bellos?
AMALIA. No quiero, Marqués, que de ellos
se vuelva á reir cualquiera.
MARQUES. ¡Ah! perdona, Amalia hermosa.
Yo ignoraba... sorprendido...
AMALIA. Sí, bien, Marqués no te pido...

ESCENA VIII.

AMALIA. EL MARQUES. GINES.

GINES. El vizconde de la Rosa. (*Vase.*)
AMALIA. Me voy...
MARQUES. Oye...
AMALIA. ¡No!...
MARQUES. (*Queriendo detenerla.*) Primero...
AMALIA. Alguien viene.
(*Vase precipitadamente por la izquierda del fondo, á tiempo que por la derecha aparece el Vizconde; ambos se saludan.*)

ESCENA IX.

EL MARQUES. EL VIZCONDE.

VIZCONDE. Señorita...
(¡Oh!... ¡qué cosa tan bonita!...)
¡Querido Luis!...
MARQUES. ¡Calle!... ¡Antero!
¿Tú en Madrid?
VIZCONDE. Por mi desgracia,
porque esto es un aquelarre...
Hace poco que he venido

de las orillas del Támesis...

MARQUES. Me alegro...

VIZCONDE. Dime, Luis:
¿quién es ese hermoso ángel
que á la entrada he saludado?

MARQUES. Amalia, mi prima...

VIZCONDE. ¡Diantre!
¿Es la hija de tu tio
el baron de Cinco Valles?

MARQUES. La misma.

VIZCONDE. ¡Cosa mas bella!...
vaporosa y confortable...
¡Oh!... es lo mejor que yo he visto
desde el Garona hasta el Ganjes.
¿Cómo es que está en esta casa?

MARQUES. En Paris murió su padre,
y siendo yo aqui el pariente
mas cercano, en sus instantes
postreros, á mi tutor
le rogó que se encargase
del cuidado de su hija
y de sus bienes...

VIZCONDE. ¡Buen lance!

MARQUES. Y hasta que ella tome estado
y ponga casa...

VIZCONDE. ¡Vergante!...
hay hombres de una fortuna
estupenda, formidable...
¿y es todavia tutor
aquel lacayon de enantes?

MARQUES. ¿Quién dices...

VIZCONDE. Aquel Lorenzo...

MARQUES. Te suplico que le trates
con mas respeto... él al fin...

VIZCONDE. Chico... ¡estás edificante!
el primerito eres tú
que he visto á quien no le agrade
hablar mal de los tutores...

MARQUES. Me ha criado... no lo estrañes.

VIZCONDE. Y te mima el marrullero,
y te adula y te complace,
y contigo y la primita

el pobre ni entra ni sale...

MARQUES. ¡Eh! yo no pienso...

VIZCONDE. ¡No piensas!...
¿no te cuidas...

MARQUES. ¡Disparate!
¿Yo, Antero, abusar de quien
aqui ha venido á ampararse...

VIZCONDE. ¡Qué humilde, y qué de mal tono
es eso!... ¡qué badulaque!
Vamos, tendrás por ahí
quien mas la atencion te llame...

MARQUES. No tengo aunque lo deseo;
no voy á ninguna parte...

VIZCONDE. ¡No visitas! Viajarás,
¿andarás como yo, errante
por esos mundos de Dios!...
haces bien, que te dé el aire;
mas ¿cómo no te he encontrado
en ninguno de mis viajes...

MARQUES. Fácilmente, amigo mio,
tú no has podido encontrarme
porque jamás he salido
de Madrid y...

VIZCONDE. ¡Ay Dios... qué cafre!...
¡Desgraciado!... ¿qué me cuentas?
¿de los paternos hogares
jamás salistes?

MARQUES. Jamás...

VIZCONDE. ¡Hombre!... ¡eso es imperdonable!
Vamos... si no se concibe...
yo que pensaba encontrarte
en el centro del gran mundo
hecho un adonis... ¿me sales
ahora con que vejetas
aqui lo mismo que un fraile?

MARQUES. ¿Qué quieres?...

VIZCONDE. ¡Qué horror! ¡qué horror!
Hombre... por todos los ángeles...
¿nada sientes? ¿nada anhelas?
¿ó te han dado algun brebage
para apartar de tu mente
esas plácidas imágenes

que agitan la juventud
de los débiles mortales?

MARQUES. No, Vizconde, que aqui siento
hervir con fuerza la sangre
cuando esas sombras tan bellas
miro ante mí desplegarse.
Pero mi tutor no quiere
que por ahora me lance
al gran mundo, porque dice
que hay peligros, que hay azares
para un jóven como yo...

VIZCONDE. Por Dios, marqués, que no acabes.
Eso es ridículo, estúpido,
ultramontano... ¡salvaje!
¿la sociedad no frecuentas
por temor de disgustarle?
y de sociedad, de mundo,
¿qué entiende ese abencerrage?

MARQUES. ¡Vizconde!... calla...

VIZCONDE. ¡Eh! no quiero;
es preciso emanciparte
y que ocupes el lugar
que corresponde á tu clase.
Nacido para el gran tono
vives como un estudiante...
El trajecito que llevas...
¡pues! ¿quién te viste? ¿algun sastre
del pais... mira; en Maguncia
me hicieron á mí este fraque,
en Liverpool el chaleco,
los pantalones en Nápoles.
¿Qué te parece? pues tú
no debes atras quedarte:
esos muebles están viejos;
arrójalos á la calle,
y que los quemen; pon otros
de mas valor, mas flamantes,
alfombra desde el portal,
colgaduras, cuadros grandes
que nos oculten los lienzos
de esos muros vergonzantes...
¿Qué apuestas á que no tienes

ni caballos, ni carruages...

MARQUES. Hasta ahora que yo sepa...

VIZCONDE. Tu tutor piensa heredarte,
y en tanto serás la fábula
del mundo culto, elegante...
y como nadie te trata,
ni conocen tu carácter,
creerán que vives asi
porque eres un miserable,
un avaro.

MARQUES. Y es verdad,
harán bien en censurarme;
no puedo seguir asi,
es fuerza que esto se cambie...

VIZCONDE. Pero al momento, á galope
hay que hacerlo: tú no sabes
el tiempo que estás perdiendo.
¡Oh!... ¡qué preciosos instantes!

MARQUES. Sí, tienes razon, Vizconde:
sostendré sérios debates
con Lorenzo, pero al fin
mi gusto saldrá triunfante.

VIZCONDE. Eso: te presentaré
en los augustos alcázares
de la moda y la elegancia;
¡verás alli qué deidades!
¡Oh! la condesita viuda
de la Palma... es un arcangel...

MARQUES. ¡Qué! ¿la conoces?

VIZCONDE. ¡Muchísimo!
nos hemos bañado en Báden.

MARQUES. ¡Cómo!... ¡bañado!!...

VIZCONDE. ¡No!... no
materialices la frase...

MARQUES. ¡Qué hermosa es!

VIZCONDE. ¿Tambien tú
la conoces?...

MARQUES. Ha un instante
que estaba aqui...

VIZCONDE. ¡La Condesa
ha venido á visitarte!...

MARQUES. A mi prima...

VIZCONDE. ¿Y la has hablado?
MARQUES. Sí, ¡qué talento!
VIZCONDE. ¡Gigante!
¡colosal! ¡piramidal!
¡equinocial!... ¿no observaste
cuánta espresion en sus ojos...
qué maneras, qué modales
tan distinguidos...
MARQUES. Sí, sí...
¡fascina!...
VIZCONDE. ¿Te enamoraste!
MARQUES. Vizconde, yo no lo sé;
pero esa muger...
VIZCONDE. ¡En grande!
MARQUES. Esa muger se parece
á la encantadora imágen
con que yo en mi soledad
mil veces soñé...
VIZCONDE. ¡Admirable!
¡novelesco!... la Condesa
ha dado contigo al traste.
MARQUES. Pienso que sí... pero ella...
¡es imposible!...
VIZCONDE. ¡Eh!... ¡cobarde!...
Vamos á ver, de esperanzas
¿cómo estamos?
MARQUES. Para el baile
de mañana me ha invitado...
VIZCONDE. ¡Hombre feliz y envidiable!!
¿Para el baile... ella... ¡en persona!
¿tienes valor de quejarte?
MARQUES. Pues hay mas.
VIZCONDE. ¡Hola! ¿aun hay mas?...
estoy por darte un atraque...
MARQUES. A la salida...
VIZCONDE. ¡Ji! ¡ji!
MARQUES. Quiso que la acompañase
hasta el coche...
VIZCONDE. ¡Eso es soberbio!
MARQUES. Y en el tránsito...
VIZCONDE. ¡Ah! ¡tunante!
MARQUES. Un poco estreché su mano...

VIZCONDE. ¿Y ella?
MARQUES. Temo equivocarme...
VIZCONDE. ¿Se enojó...
MARQUES. Nada, al contrario...
mi apreton insinuante,
pienso que lo contestó
con otro aunque mas suave.
VIZCONDE. (*Entusiasmado.*)
¡Bravo!... ¡bravo!... ¡sublimísimo!
¡supremo! ¡incomensurable!!
¿Eh? digo, el novicio, el nene,
qué manera de esplicarse...
¡muchacho!... te vaticino
un fortunon...
MARQUES. No me halagues...
VIZCONDE. ¡Chico!... estás predestinado
para empresas formidables.
Tú principias por donde otros
concluyen, y no te canses;
esa conquista, las puertas
de otras mil y mil te abre.
¡Oh! ya te veo y te admiro
en ese mundo brillante:
ya escucho, tu posesion
á unos y otros disputarse:
don Juan Tenorio á tu lado,
¿qué va á ser? un principiante...
¡Oh! ¡Marqués favorecido!...
MARQUES. Por Dios que no me embriagues...
¿Crees tú que será posible
que la Condesa me ame...
VIZCONDE. Dudarlo es un sacrilegio,
es una torpeza grave:
mañana me lo dirás
en el festin... ¡que no faltes!
MARQUES. ¡Qué he de faltar! el primero
seré que aquellos umbrales
mañana en la noche pise
con firme planta.
VIZCONDE. Adelante.
Pon al tutor en un brete,
y dile cuatro verdades...

MARQUES. Sí, le hablaré.
VIZCONDE. Pero al punto,
antes que el calor se pase...
(*Llamando fuerte.*)
¡Lorenzo!... pronto, ¡Lorenzo!!
¡Qué de víctimas y altares
á tus plantas derribados...
¡Lorenzo!... (*Vuelve á llamar.*)
LORENZO. (*Dentro.*) ¡Señor!
VIZCONDE. Ya sale;
te dejo: estoy aturdido
con tan magníficos lances...
A Dios, venturoso joven...
á Dios, ¡poderoso Atlante!
(*Vase tarareando.*)

ESCENA X.

EL MARQUES. LORENZO.

LORENZO. ¿Quién es este señorito?
MARQUES. El Vizconde de la Rosa.
LORENZO. ¡Ah!... ¡buena pieza, asombrosa!...
MARQUES. Que se hable asi no permito
de quien es tan noble, y es
mi amigo ademas.
LORENZO. ¡Oh!... sí;
perdone usted, no debí
faltarle, señor Marqués.—
Paréceme que no ha mucho
me ha mandado usted llamar...
MARQUES. Sí, sí: tenemos que hablar.
LORENZO. ¿Tenemos que hablar? ya escucho.
MARQUES. Oye, y no te apesadumbres
si me encuentras algo suelto...
has de saber que he resuelto
cambiar de vida y costumbres.
LORENZO. No es mal principio, adelante.
MARQUES. Quiero, si tú te conformas,
que se hagan aqui reformas...
pero al momento, al instante...

LORENZO. ¿Cuáles....¿se pueden saber?
MARQUES. Te las diré poco á poco:
por de pronto, yo estoy loco
de amor por una muger.—
LORENZO. Me parece bien, señor.
MARQUES. Y esa muger es mi estrella,
y es noble, elegante, bella...
LORENZO. ¿Todo eso?... tanto mejor.—
MARQUES. Tengo en ir sumo interés,
por ver su faz soberana,
al baile que da mañana.
LORENZO. ¿Se puede saber quién es?
MARQUES. El astro de la nobleza...
la conocerás, sin duda;
es la condesita viuda
de la Palma...
LORENZO. ¡Buena pieza!
MARQUES. ¡Lorenzo!
LORENZO. Se me escapó
otra vez, mucho lo siento:
prosiga usted con su cuento
que despues entraré yo.—
MARQUES. Quiero reforma completa:
para mañana en la noche
quiero caballos, un coche
y un buen trage de etiqueta.
¿Estás?... no quiero ser menos
que nadie: quiero tambien
otros muebles, otro tren...
LORENZO. ¡Pues si estos están muy buenos!...
MARQUES. No hay ninguno que bien cuadre
á mi clase, ni á mi estado...
LORENZO. Todos ellos han prestado
servicios á su buen padre...
MARQUES. No importa; son de mal gusto:
esa moda ya pasó...
y háyanles servido ó no,
esto quiero.
LORENZO. Eso es muy justo.
MARQUES. Ya lo sabes; ten paciencia:
habrá que gastar, no importa:
tambien mi hacienda no es corta...

LORENZO. ¿Ha concluido su escelencia?
MARQUES. ¿El tratamiento?—¡Está bueno!...
echa á un lado.
LORENZO. No echaré:
es preciso que aqui esté
cada cual en su terreno.—
Coches, caballos, gran trage,
otros muebles, tren mayor,
y ademas loco de amor...
es un bonito equipaje.
Es decir que al empezar
á querer con tal vehemencia,
sin duda ha dicho vuecencia...
soy rico, vóime á arruinar.
¿Para qué sirve el dinero?
para tirarlo, es corriente...
no hay mas que un inconveniente;
que yo tirarlo no quiero.
MARQUES. No se trata de tirar;
de gastar lo que es preciso:
estoy en un compromiso,
y me quiero presentar
como corresponde, ¡pues!
LORENZO. ¡Oh! sí, la idea es hermosa;
pero no es dificil cosa
que la halle horrible despues.
MARQUES. Esa es una impertinencia;
aqui no hay peligro...
LORENZO. Háile.
MARQUES. Pues bueno; quiero ir al baile.
LORENZO. No vaya al baile vuecencia.
MARQUES. ¡Oh!...
LORENZO. Entienda bien el desvelo
de un hombre en intrigas ducho...
que sea me temo mucho
ese baile algun anzuelo...
MARQUES. ¡Esto mas, cielos sagrados!...
LORENZO. En el mundo la inocencia
la paga siempre, y vuecencia
tiene aun los ojos cerrados.—
MARQUES. Pensando estás mal ahora
de una dama respetable;

mas sabe que es muy probable
que llegue á ser tu señora.
¿Entiendes, Lorenzo?

LORENZO. ¡Vá!
no puede ser.—

MARQUES. ¿Por qué no?

LORENZO. ¿Por qué? porque tengo yo
casado á vuecencia ya.

MARQUES. ¡Casado!...

LORENZO. ¿Qué duda tiene?

MARQUES. ¿Y asi de mí se dispone?

LORENZO. Asi, vuecencia perdone...

MARQUES. ¿Con quién...

LORENZO. Con quien le conviene.

MARQUES. Dejemos esta cuestion.

LORENZO. Dejémosla, no resisto.

MARQUES. Lo que es por ahora, insisto
en mi determinacion.

LORENZO. Y yo tambien en mi plan.

MARQUES. Pues bueno: me empeñaré,
á mis amigos iré,
y sus arcas me abrirán.

LORENZO. Señor Marqués... ese medio...

MARQUES. Será todo lo que quieras,
pero lo usaré.

LORENZO. ¿De veras?
¿sin remedio?

MARQUES. Sin remedio.—

LORENZO. Siento que se haya torcido
el buque con tal vaiven:
por lograr que andára bien
hice aqui cuanto he podido.
La responsabilidad
no será por consecuencia
mia, sino de vuecencia,
cúmplase su voluntad.

MARQUES. ¡Eso! ¡eso!... ¡gracias á Dios
que al fin estás razonable!

LORENZO. Quién es aqui el mas culpable
veremos despues los dos.

MARQUES. ¡Eh!... no cabiles: por mí
te digo que no me pesa...

¡veré al fin á la Condesa!...
¡Oh!... ¡qué delicia!... ¡vencí!...
Con que á un lado los enojos
y lo dicho.

LORENZO. Bien, lo haré.

MARQUES. ¡Ah!... ¡gracias!

LORENZO. (No apartaré
de tí un instante los ojos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

En el fondo el esterior de la casa de la condesa viuda de la Palma. A la altura conveniente balcones ó ventanas grandes que dejen ver la luz de los salones de baile: en la planta baja una puerta con escalinata por la que se desciende al jardin de la casa. Este se estenderá á derecha é izquierda del teatro, ocupando el centro un estenso emparrado en forma de bóveda, debajo del cual habrá dos filas de asientos de mármol. A la izquierda un elegante pabellon con ventana abierta en frente del público: el jardin estará iluminado. Luces en el pabellon. Música lejana en el interior de la casa.

Al levantarse el telon aparecen Julia, Carlota *y* varias señoritas *en traje de baile, ocupando los asientos de piedra: algunos* caballeros *de pie y á su lado sirviéndolas el refresco. Tres ó cuatro lacayos con librea de gala, circulan con bandejas de helados, bizcochos, dulces, etc., etc.* El Vizconde *baja por la escalinata.*

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. CARLOTA. JULIA. SEÑORITAS. CABALLEROS *y* LACAYOS.

VIZCONDE. Se me escapó... no la encuentro...
á ver si está por aquí...
¡Hola!... muy bien, señoritas,
¿refrescando en el jardin?
Perfectamente entendido;

á otro tanto descendí...
porque arriba hace un calor
que no se puede sufrir.
¡Qué noche tan deliciosa!
ya se vé, á fines de abril...
y este airecillo tan puro
que nos trae á la nariz
las riquísimas esencias
de la rosa, el alelí...
es media vida... ¡Eh! muchacho, (*A un lacayo.*)
á ver dame ese arlequin...

(*Sigue hablando en el centro de la escena y tomando el sorbete.*)

Pues, como digo; esto es bello,
y es preciso convenir
en que la condesa tiene
un gusto, que ni en París
se encuentra mas refinado.
Es verdad que por ahí
ella ha podido estudiar
¡ha visto tanto pais!
Ha estado en Venecia, Holanda,
en Londres... y en otras mil
partes, y ha descubierto
el secreto de lucir.
¿Carlotita?

CARLOTA. ¿Qué, vizconde?

VIZCONDE. Aun tengo clavado aquí
el pisoton que te he dado
valsando... ¡Soy un rocin!

CARLOTA. ¡Eh! ya pasó, no fué nada.

VIZCONDE. Hija, tú ¿qué has de decir?...
mas yo sé que fué mayúsculo...
¡qué demontre! me escurrí...
como la alfombra es tan nueva,
por alcanzar á Luis
tomé demasiado vuelo...
y el equilibrio perdí.
¿Bella Julia?... y esta noche
¿no nos hará usted oir
su mágica tirolesa?

JULIA. Es muy probable que sí:

tantos me ruegan que al cabo
me tendré que decidir...

VIZCONDE. Yo tambien uno mis súplicas
á las de ellos...

JULIA. Bien, por mí...
mas no sé que gusto tienen
en hacerme repetir...

VIZCONDE. Usted ignora sin duda,
Julia donosa y gentil,
el efecto que producen
sus labios de serafin.

VIZCONDE. ¡Qué lisongero!...

JULIA. No, no:
lo digo porque es así...
(Lo mismo canta que un gato...)
(*Dejando el sorbete en la bandeja.*)
(Pero es fuerza...)

(*Baja el Marques por la escalinata y se reune con el Vizconde.*)

¡Hola!... ¡Amadis!

(*Las damas y caballeros se retiran por la escalinata unos en pos de otros.*)

ESCENA II.

EL VIZCONDE. EL MARQUES.

MARQUES. ¿Y la condesa?

VIZCONDE. No sé.
¿Y tu prima?

MARQUES. Qué sé yo.

VIZCONDE. Del salon se escabulló
y no sé adonde se fué...
en alas de mi esperanza
la he buscado sin cesar,
porque tiene que bailar
conmigo una contradanza...
mas yo daré con el nido
porque soy de los mas fuertes...
¿Y bien, Marqués, te diviertes?

MARQUES. Sí, sí; estoy muy divertido...

VIZCONDE. Yo no te he podido ver...

me puse á coquetear ..
Vamos, ¿qué has hecho.

MARQUES. Jugar.

VIZCONDE. Jugar, ¿y luego?

MARQUES. Perder.

VIZCONDE. ¡Ps! todos hemos jugado...
nos llevan como peonzas...
á mí me costó mil onzas
el año de noviciado.

MARQUES. Yo en mi primera jugada
he perdido unas quinientas...

VIZCONDE. Y eso, ¿qué es para tus rentas?

MARQUES. ¡Qué dirá Lorenzo...

VIZCONDE. ¡Nada!
se amoscará... ya se vé,
dirá que no tienes juicio,
y clamará contra el vicio....
y abonará el pagaré.
¿Quién ha sido el contrincante?

MARQUES. Ese maldito baron
de la Puente.

VIZCONDE. Es un dragon...

MARQUES. Es un necio, es un pedante.

VIZCONDE. Furiosamente maldices...

MARQUES. No creas que lo maldigo
porque me ganó; lo digo...

VIZCONDE. Sí; ya sé porque lo dices.
Vamos... dime la verdad;
¿haber notado te pesa
que hay entre él y la condesa
cierta familiaridad?

MARQUES. No sé, vizconde; por mí
te aseguro sin cuidado
que es hombre que me ha chocado
desde el punto en que le ví.
Me inspira un horror profundo
con su airecillo burlon,
su tono, su presuncion...

VIZCONDE. ¡Oh!... ¡es hombre de mucho mundo!...

MARQUES. Pues que no se acerque á mí,
porque yo novicio y todo
le daré á entender...

VIZCONDE. ¡Qué modo
de hablar...
MARQUES. Lo dicho, sí, sí.
VIZCONDE. ¿Celos?
MARQUES. Cabal; ha observado
que la condesita...
VIZCONDE. Pues;
te mira con interés...
MARQUES. De obsequios mil me ha colmado.
¡Es tan atenta!...
VIZCONDE. ¡Muy fina!
MARQUES. Bien, apenas lo notó
á darle broma empezó
por lo bajo á Carolina.
Despues dirigiose á mí,
y me dió su parabien
con otras bromas tambien...
bromas que yo no entendí.
Pero sin duda no fueron
muy cristianas...
VIZCONDE. ¿Por qué no?
MARQUES. Porque ella se sonrojó
y los demas se rieron.
VIZCONDE. No te dé eso mala espina:
tómalo como conviene...
es verdad que el baron tiene
una lengua viperina...
MARQUES. Pues vive muy engañado;
y si no cambia de porte
puede hallar quien se la corte...
VIZCONDE. ¡Hombre! Si lo has desbancado...
MARQUES. ¿Cómo?...
VIZCONDE. Desbancado, sí;
en amor...
MARQUES. Eso, hasta luego...
VIZCONDE. Y por desquite en el juego
te ha desbancado él á tí.
¿Por qué has jugado, por qué?...
MARQUES. Me invitó... y... es cosa clara...,
yo, porque no imaginara
que le temia... acepté.
VIZCONDE. Chico, me duelo de tí;

y creeme, porque me fundo:
no harás carrera en el mundo
si sigues pensando asi.
¡Pues!... de tí se burlarán
si das en ser hombre atento,
considerado... al momento
echa á un lado el ¡qué dirán!
No permitas que te venza
el Baron; audacia y prosa...
para maldita la cosa
que sirve aquí la vergüenza.
La timidez digo, ¿estás?
el encogimiento... bueno:
quien aquí pierde terreno
no lo recobra jamás.

MARQUES. Bien, pero yo...

VIZCONDE. Pero tú...
haces todo lo contrario:
que tienes un adversario,
pues bien, dalo á Belcebú.
Que te sale muy audaz
con una broma picante...
otra tú mas insultante;
y al punto os quedais en paz.
—«¿Quiere usted jugar, Marqués?»
—No.—¿Por qué?—Porque no quiero;
«estoy bien con mi dinero.»—
se le dice, y si despues
te se insolenta el Baron
y está en sus pullas pesado,
cuando esté mas descuidado
se le planta un pisoton.
—«¡Ay!»—dirá; tú te sonries,
él comisiona á un amigo
que se entenderá conmigo...
y asi la sangre le fries.
Mañana con gran presteza
salimos, nos paseamos
y todos cuatro admiramos
la bella naturaleza.
Por cumplir soltais allí
dos tiros que van al cielo...

—«¡Eh!... basta!»—Y acaba el duelo
en la fonda de Lardy.

MARQUES. Pero eso siempre será
una farsa, y yo rehuso...

VIZCONDE. —Hombre si está puesto en uso;
dejémoslo como está.—
No pierdas tiempo, al salon;
verás como no te pesa...
anda, obsequia á la Condesa
y hazle rabiar al Baron.

MARQUES. Presumo que no está allí,
por do quiera la he buscado...

VIZCONDE. No, pues tampoco ha bajado
que yo sepa, por aquí.
Paréceme que ha de estar
con tu prima.

MARQUES. Puede ser.

VIZCONDE. Pues bueno, vamos á ver
si las podemos hallar.
Búscalas por el salon
mientras yo corro hasta el fin
de este florido jardin...

MARQUES. Pero...

VIZCONDE. ¡Cuánta dilacion!...
(*Llevándoselo hácia la escalinata.*)

MARQUES. Mas...

VIZCONDE. La noche aprovechemos:
vete en busca de esas bellas;
si logro yo dar con ellas
en el salon nos veremos.
(*Le hace subir por el fondo.*)

ESCENA III.

EL VIZCONDE.

Este muchacho no pára
en bien, se lo vaticino:
tiene un modo de pensar
tan escéntrico y antiguo...
que... pues señor, ya estoy solo,
con mi gusto me he salido,

y así podré á la primita
darle caza... ¡oh!... y es preciso
que la Condesita y ella
esten por aquí: yo he visto
que el salon dejaron ambas
y que bajaron... ¡Magnífico!
¿quién lo duda? en el jardin,
aquí están de tapadillo...
¡á sorprenderlas!... no pueden
todavia haber subido...
Voy, voy, ¡já!... ¡já!... ¡mas qué diablos!...
es tan grande este maldito
jardin... á ver, ¿en qué punto
las hallaré?... ingenio mio,
¿adónde... ¡toma!... ¡Qué dudas...
en el bosque de los tilos.
Allí están las dos, allí,
porque es el único sitio...
las voy á asustar... me acerco
paso á paso, muy quedito,
y de pronto ¡jí!... ¡jí!... ¡jí!...
voy á gozar de lo lindo.
Al bosque; á la izquierda está:
en marcha... ¡Si tengo un tino!...

(*Vase por la izquierda y salen por la derecha la Condesa y Amalia, con dos lacayos detras.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA. AMALIA. LOS LACAYOS.

CONDESA. Ya has visto, Amalia, hasta donde
se dilatan mis dominios:
estamos en la glorieta.

AMALIA. Sí, por aquí hemos salido.
¡Grande y bello es tu jardin!

CONDESA. Hija, esto es un paraiso
cuando principia este tiempo:
bien, que no cesa el cultivo
y por eso logro ver
alternando á un tiempo mismo
el sáuce, el ciprés, el plátano,

el verde y pomposo tilo,
con las rosas y jazmines
y las parras de Corinto.
Me envian de vez en cuando
de los mejores plantíos
de Italia y Francia, semillas
que yo propia siembro y cuido...
Me gustan tanto las flores
que me hacen perder el juicio...

AMALIA. A mí tambien: ya te acuerdas
con cuánto esmero y cariño
cuidaba en París las mias...

CONDESA. Sí, sí: no he dado al olvido
que llorabas cuando alguna
te hurtaba del jardinillo...
mas, ahora será justo
que yo pague aquel delito:
te enviaré todos los dias
para el tocador, ramitos
de rosillas nacaradas,
de violetas y jacintos.

AMALIA. Te lo agradezco...

VIZCONDE. (*A lo lejos.*) ¡Condesa!...

CONDESA. ¿Me llaman?... pienso que he oido...

VIZCONDE. ¿Condesita?...

CONDESA. ¿Es el vizconde?

AMALIA. Creo que sí...

CONDESA. Pues no adivino...
¿Vizconde?

VIZCONDE. ¡Gracias á Dios!
¿Dónde está usté?

CONDESA. Amigo mio,
en la glorieta.—Y usted,
¿dónde está?

VIZCONDE. En el laberinto.

CONDESA. ¿Qué hace usted?...

VIZCONDE. ¿Qué hago?... Rabiar.

CONDESA. ¿Por qué?

VIZCONDE. Porque me he perdido.

CONDESA. ¡Já!... ¡já!... ¡já! ¡Pobre Vizconde!
Venga usted...

VIZCONDE. ¡Dale!... no atino

con la salida.

CONDESA. ¡Já!... ¡Já!...

VIZCONDE. Se rie usted... y yo brinco...

CONDESA. Siempre á la izquierda...

VIZCONDE. ¡Qué izquierda!...
y ¿cuál es mi izquierda?...

CONDESA. ¡Lindo!
ya no sabe donde tiene
la mano izquierda... Francisco,
Manuel, andad y sacadlo...
(*Vanse los lacayos por donde salió el vizconde.*)
En mi vida me he reido
con mas gusto... ya se vé
un lance tan imprevisto...
¡El buen Vizconde enjaulado
como un... ¡Já!... ¡já!...

ESCENA V.

LA CONDESA. AMALIA. EL VIZCONDE.

VIZCONDE. ¡Me he lucido!
¿Todavia la risita?...
Condesa, seamos amigos:
que quiere usté... una desgracia
que á cualquiera... le suplico
por Dios y todos los santos
qué no me ponga en ridículo...

CONDESA. Pero hombre... ¿Cómo ha hecho usted...

VIZCONDE. Eso es lo que no me esplico:
en busca de ustedes iba
hácia el bosque de los tilos...

CONDESA. ¡Por ahí!

VIZCONDE. ¿No es por ahí?...

CONDESA. No, por allí.

VIZCONDE. ¡Es exactísimo!...
(*Recapacitando un poco.*)
¡Qué torpe!... Vamos, erré
de medio á medio el camino.
Otra vez tendré presente...
pero nada se ha perdido,
al cabo logré mi objeto...

CONDESA. Aunque ha costado carillo...
VIZCONDE. Poca cosa... y bien, Amalia,
¿me cumple usted lo ofrecido?
AMALIA. ¡Ay!... no recuerdo...
VIZCONDE. ¿Es posible?
me aflige usted al decirlo...
aquella contradancita...
AMALIA. Tiene usted razon...
VIZCONDE. ¿No digo?
¡Qué pronto que olvida usted,
Amalia, sus compromisos!...
AMALIA. Es de tan poco valor...
VIZCONDE. ¡Oh!... Para mi de infinito...
CONDESA. Apruebo, apruebo, señores,
¡escelente, amigos mios!
Ya sabe usted, picaruelo,
elegir... le felicito...
VIZCONDE. ¡Ay Condesa! todavia
no han logrado mis suspiros
ablandar el duro mármol...
CONDESA. ¡Ps!... Dice un refran antiguo
que Zamora en una hora
no se ganó...
VIZCONDE. ¡Eso es divino!
CONDESA. A mas que el señor Vizconde
es á mis ojos muy digno...
VIZCONDE. Me abruma usted...
CONDESA. (*A Amalia.*) ¿No es así?...
AMALIA. ¡Carolina!...
CONDESA. Bien, no insisto...
VIZCONDE. Es lo mejor... ¿Oye usted (*A Amalia.*)
los acordados sonidos
de la orquesta?... La ocasion
es oportuna... y le brindo...
(*Ofreciendo el brazo.*)
AMALIA. ¿Te quedas? (*Aceptándolo.*)
VIZCONDE. ¿No quiere usted
venir á aumentar el brillo?...
CONDESA. No será mucho, id delante
que no tardaré en seguiros.
(*Amalia y el Vizconde se van por la escalera.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA.

Muy bueno: si yo fomento
estos amores, consigo
que el Marques y Amalia sean
nada mas... que buenos primos.
Buen muchacho es el Marques...
sí, sí; pero es tan novicio...
¡eh!... ¿qué importa? con el tiempo...
es despejado, muy listo
y puede llegar si quiere
á ser de la córte el ídolo.
Y me ama... sí... veamos
si por medio de él me libro
de ese Baron de la Puente,
mi ángel malo, mi martirio...
¡Qué bromas las de esta noche!...
¡Oh! ¡Qué hombre tan corrompido!
(*Sale Lorenzo por detras del pabellon.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA. LORENZO.

LORENZO. Muy buenas noches.
CONDESA. ¿Quién?
LORENZO. Nada,
señora; su servidor
Lorenzo Robles, tutor
del Marqués de la Alborada.
CONDESA. Perdone usted mi sorpresa...
pienso que jamás le vi,
ni le he invitado...
LORENZO. Es así,
cabal, señora Condesa.
CONDESA. Mas... le encuentro en la funcion,
y si usted ha recibido
esquela... sin duda ha sido
alguna equivocacion...

LORENZO. No, nada de eso ha pasado,
¿estamos?... No recibí
la tal esquela, ni aqui
estoy como convidado.
Yo no peco de ignorancia,
porque sé, y no desde ahora,
que de usted á mí, señora,
hay muchísima distancia.
No soy conde ni marqués:
conque está el cuento acabado;
á haberme usted convidado,
no hubiera puesto los pies...

CONDESA. Los nobles entre los nobles,
¿no es asi? Bien discurrido:
sepamos á qué ha venido
el señor... Lorenzo Robles.

LORENZO. A una cosa, que á mi ver
muy en el orden está,
y que usted al fin me hará
el honor de conceder...
Hay nobles que entre otros nobles
se pierden... ¿Qué duda tiene?
y para evitarlo, viene
el señor... Lorenzo Robles.

CONDESA. ¡Jesus, cuánta oscuridad!
Penetrarla no me es dable
al menos mientras no hable
usted con mas claridad.

LORENZO. ¿Oscuridad, éh? ¡Pardiez!...
¿mas claridad?... no me espanta...
pues le voy á hablar con tanta
que no le agrade tal vez...

CONDESA. Mire usted que si me pesa...
no saldrá usted bien librado...

LORENZO. ¡Oh! sobre eso no hay cuidado.

CONDESA. Bien, bien.

LORENZO. Señora condesa,
con el mas vivo interés
y con la humildad mayor,
¿quiere usté hacerme el favor
de dejar libre al Marqués?

CONDESA. ¿Delira usted?

LORENZO. No señora,
en mi juicio no vacilo...
yo he sido con mi pupilo
muy venturoso hasta ahora.
Se me alcanza algo de mundo,
soy hombre esperimentado,
y por eso lo he criado
en un retiro profundo.
Esto para hablar dió pie,
y sin oir mis razones
en los brillantes salones
por un tirano pasé...
y acaso por algo mas;
pero yo como llenaba
mi deber, no me importaba
la opinion de los demas.
Hubo quien compadeció
tanto ya al Marqués recluso,
que al gran mundo se propuso
sacarlo, y lo consiguió.
Y hasta dicen que hubo apuestas...
pero yo en esto me lavo
las manos; ello es que al cabo
cayóse la casa acuestas.
¿Y qué ha sacado el Marqués
del mundo, señora mia?
Lo mismo que yo decia
disgustos sin tasa, pues;
y va á verse en mil apuros...
por pundonor ha jugado
esta noche y le han sacado
de un tiron ocho mil duros.

CONDESA. No sé si eso es cierto ó no,
porque no debo ocuparme...
¿Viene usted á demandarme
que se los devuelva yo?

LORENZO. Yo no pretendo jamás
imposibles, no señora:
yo solo pretendo ahora
que no vuelva á perder mas.

CONDESA. ¿Quién mejor de tanto ahogo
que usted, hoy puede sacarle?

¿Tiene mas que aconsejarle?
¿No es usted su pedagogo?

LORENZO. Pero se ofrece un obstáculo;
que aunque consejos le doy
no hace caso de ellos hoy
porque hoy usted es su oráculo.

CONDESA. Es decir que usted su bien
le aconseja y yo su mal,
¿no es esto todo?

LORENZO. Cabal.

CONDESA. Me asombra...

LORENZO. Y á mí tambien.

CONDESA. Usted ha dado al olvido...
por mi gran condescendencia...
sin duda, que está en presencia
de una dama... Hemos concluido.
(*Le señala la salida.*)

LORENZO. No, no señora, á mi edad
eso no me sobresalta;
yo sé que á nadie se falta
cuando se habla la verdad.
Y una vez el dique roto...
no espere usted que me asombre
con su indignacion... á este hombre
no lo mueve un terremoto.

CONDESA. Pues le moverá el rigor
de mis lacayos, veremos...

LORENZO. Muy bien, señora, y daremos
un escándalo... es mejor
que usted se digne escuchar
con calma mi ruego... sí,
porque yo he venido aqui
nada mas que á suplicar...

CONDESA. Y bien...

LORENZO. Y bien, ya le he dicho
lo que al buen Marqués le cuesta
haber venido á la fiesta...
y todo ¡por un capricho!
Perder asi... es un dolor...
es rico, y sin duda alguna
dueño es él de su fortuna;
mas... no es esto lo peor.

Hay un Baron de la Puente
que es jóven, atolondrado,
corrido, audaz, depravado...
y tirador escelente.
De todo el mundo es sabido
que este señor, sino ahora,
un tiempo de usted, señora,
la atencion ha merecido.
Nuestro Marqués inocente,
miró á usted, y al punto... pues,
la amó; y hé aqui al Marqués
con el Baron frente á frente.
El Baron en mi sentir
habrá dicho allá en su juicio...
«Este chico es un novicio,
pues me voy á divertir.»
¡Pues!... y lo conseguirá,
sí señora, por el pronto...
pero el Marqués que no es tonto...
al cabo comprenderá...
Y no hay que decirme ahora
que son pronósticos vanos:
ellos vendrán á las manos
y... medite usted, señora.

CONDESA. No sé como responder
su inaudita pretension;
si con risa ó indignacion.

LORENZO. Señora, usted lo ha de ver...

CONDESA. Pues bien, sí señor, lo ví;
y porque dejemos esto,
lo que ahora le contesto
es que salga usted de aqui.

LORENZO. Señora, esa obstinacion
nos puede ser muy funesta.

CONDESA. No espere usted mas respuesta.

LORENZO. ¿No escucha usted la razon?

CONDESA. Basta ya.

LORENZO. Bueno, lo siento...
nos veremos, y... ¡pardiez!...

CONDESA. ¿Me amenaza usted?

LORENZO. Tal vez.

CONDESA. Al punto de aqui...

LORENZO. Al momento.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL BARON.

BARON. ¿Qué es esto? ¿aqui una pendencia?
CONDESA. No es nada, que este criado...
Haga usted lo que he mandado.
LORENZO. Bien, obedezco á vuecencia.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA. EL BARON.

BARON. Vaya, vaya; no creí,
hermosísima Condesa,
encontrarla tan airada
en esta linda alameda.
CONDESA. ¿Y por qué, señor Baron?
BARON. No cause á usted estrañeza
el que asi lo imaginára,
porque he notado su ausencia
del salon; el marquesito
en él tampoco se encuentra,
y creí que al resplandor
de la luna amarillenta
acaso oyendo estaria
del tierno doncel las quejas...
CONDESA. Pues ya ve usted...
BARON. Sí, ya veo,
y he visto mas que quisiera.
CONDESA. No comprendo ese lenguage:
usted con indiferencia
debe mirar, hace tiempo,
cuanto á mí me pertenezca.
BARON. Sí señora, asi lo hago,
y será bueno que sepa
que para ello no tengo
que hacerme grande violencia.
Pero, ya ve usted, el mundo

que juzga por apariencias,
dirá que fuí derrotado
por quien hablar sabe apenas:
que yo el Baron de la Puente,
galan de tantas comedias
he permitido á un rival,
novel ó inferior en fuerza,
que á su capricho me arroje
para siempre de la escena.
Vamos, no sé como usted
con su tacto y esperiencia
pudo olvidar un instante
todas estas bagatelas...

CONDESA. Baron... el mundo no ignora
que se ha alzado una barrera
hace tiempo entre los dos.

BARON. Yo siento, bella Condesa,
que imagine usted que á mí
me satisface esa idea.
El mundo no sabe mas,
que admitió usted las ofrendas
que coloqué en sus altares:
que ha habido desavenencias...
tempestades de verano,
nubecillas pasageras.
Esto es lo que de nosotros
y nada mas, hoy se piensa.
Creen que estoy en posesion
de tan envidiable prenda,
y por eso nadie ha osado
presentarse en la palestra.
Usted, sin duda, queriendo
tomar venganza completa,
ha puesto sus lindos ojos
en el Marqués... y me pesa;
porque es un joven simpático
algo listo, y por las muestras
yo hubiera sacado de él
un discípulo...

CONDESA. Una hiena.

BARON. ¡Ja!... ¡ja!... ¡Condesita hermosa!
¡qué opinion tan lisongera

le debo...

CONDESA. Usted sabe que
no le calumnio con ella,
porque hay ya muchas razones
para que yo le aborrezca.

BARON. Perfectamente, señora,
que me place esa franqueza;
usted le da á este debate
la entonacion verdadera...

CONDESA. Sí, baron; es necesario
que concluya la reserva:
há tiempo que sufro mucho
y desde esta noche es fuerza
que se acabe para siempre
esta lucha.

BARON. Enhorabuena.

CONDESA. Usted es capaz de todo:
usted con recursos cuenta
para hacerme mucho daño
porque es de temer su lengua.
A pesar de esta opinion
que en hechos mil se cimenta,
señor baron, creo á usted
que será en nuestra contienda
lo bastante generoso
para no abusar de aquellas
cartas que le confié
con sobrada ligereza.

BARON. Aunque esa suposicion
me honra sobremanera,
no olvide usted que yo soy
muy egoista, condesa.
No hay lágrimas, ni suspiros,
reconvenciones ni quejas,
una vez resuelto á todo,
que me hagan cambiar de tema.

CONDESA. Lo sé.

BARON. Con dos condiciones
libro á usted de mi presencia,
y le entrego los billetes
que conservo en mi cartera.

CONDESA. Sepamos cuales.

BARON. Deseo
que mientras dure la fiesta,
dé usted á entender que soy
su objeto de preferencia:
que ese lindo ramillete
que sus manos hermosean,
delante del marquesito
á ser mi despojo venga;
ademas...

CONDESA. No siga usted,
porque no tengo paciencia,
señor baron, para oir
condiciones tan modestas.

BARON. Perdone usted, Carolina.
Si yo me he animado á hacerlas
fue solo porque he creido
que á usted, mas que á mí, interesan.

CONDESA. Podrá ser; pero no acepto.

BARON. Muy bien hecho: usted no ceda;
vuélvase usted al salon
donde anhelante le espera
su inocente protegido.

CONDESA. Suceda lo que suceda
asi lo haré, porque estoy...

BARON. Comprendo; á todo resuelta.
Vamos á darle que hacer,
Carolina, hasta la prensa.

CONDESA. Convenidos: entre tanto
le suplico que no vuelva
á presentarse en mi casa
ni á ponerse en mi presencia.

(*Se dirige al fondo y vase por la escalinata.*)

ESCENA X.

EL BARON.

Será usted obedecida,
sin repugnancia, condesa.
(*Saca y abre la cartera.*)
Una, dos, tres, cuatro, cinco...
perfectamente, completas.

Verá usted, señora mia,
que conmigo no se juega,
ni se me pone en ridículo
tan pronto como se piensa.
Yo bien sé que está aburrida
con mi mucha impertinencia,
y que librarse de mí
á todo trance desea;
pero no lo alcanzará
hasta que á mí me convenga.
¿En quién ha buscado apoyo?
en un niño de la escuela
que nada del mundo sabe,
ni tampoco quién es ellá...
Bien es cierto que ninguno
arrostraria esta empresa
á no tener en los ojos,
como el marqués, una venda.
Mas yo se la arrancaré
si es que resiste á esta prueba.
Voy... aqui en el pabellon
habrá papel, tinta, obleas...
¡já! ¡já!... atrevido es el paso...
pero venga lo que quiera.
(*Entra en el pabellon.*)

ESCENA XI.

LORENZO. EL BARON, *en el pabellon; por cuya ventana se le verá cerrar en un pliego las cartas de la condesa.*

LORENZO. Pues señor, bien: no hay tu tia;
esto se va componiendo:
¡por vida de...! va saliendo
lo mismo que yo temia.
Que tiene cartas, oí,
de la condesa... ella quiso
recobrarlas... es preciso
que vengan á verme á mí.
El las tiene... ¿y de qué modo
se las saco?... no hay remedio...

á no ser que eche por medio
atropellándolo todo...
Y ¿por qué no?... á mí el baron
no me asusta, y ahora aqui
estamos solos... sí, sí:
Lorenzo, esta es la ocasion.
A ver si has dado al olvido
aquella destreza antigua...
aun si el puño le santigua...
(*Levanta el puño cerrado.*)

BARON. ¡Soberbio! bien... he concluido.
Un criado... ¡á ver!... (*Llamando.*)

LORENZO. ¿Quién llama?...
¿Si él mismo á poner irá
en mis manos...

BARON. (*En la puerta del pabellon.*) Ven acá...
(*Procurando reconocerle.*)
¿No reñias con tu ama
hace poco?

LORENZO. Sí reñí.

BARON. No lo estraño, la condesa
tiene mal genio: ¿te pesa
acaso de estar aqui?

LORENZO. Mucho.

BARON. Pues en mí confia:
serás por mí colocado
si me haces bien un recado.

LORENZO. Está bien: mándeme usia.

BARON. Dí, ¿conoces al marqués
de la Alborada?

LORENZO. Demas.

BARON. ¿De veras?... ¿seguro estás?

LORENZO. Muy seguro: sé quién es.

BARON. Pues bueno: sube al salon,
le llamas aparte, y luego
le entregarás este pliego.

LORENZO. ¿Nada mas, señor baron?

BARON. Obsérvale y nada mas.
Mañana vete á mi casa,
y cuanto esta noche pasa
con tu ama y él me dirás...
(*Retirándose por la derecha.*)

(La semilla que arrojé
me dará larga cosecha.)

ESCENA XII.

LORENZO.

Cosa ha sido vista y hecha...
¿Serán las cartas?... ¡se fué!
(*Abre el pliego.*)
Ellas son... mas vale asi:
de todos modos... las tapo;
veremos quien es el guapo
que me las saca de aqui.
¡Bendito sea este azar!
¡hemos hecho buena presa!
¡bravo!... ahora la condesa
tendrá que capitular.
¡Hola!... bajan al jardin...
¡es ella!... vamos, ya es algo:
le pillo las vueltas, salgo;
y doy al negocio fin.
(*Se oculta por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA. EL MARQUES, *bajando por la escalinata.*

MARQUES. Condesa, yo necesito
hablar con usted á solas.
CONDESA. Ya ve usted que condesciendo...
MARQUES. Eso me alienta, señora.
CONDESA. (Se fue ya...) Marqués... aqui,
puesto que hablarme le importa,
podremos estar mejor.
(*Se sientan sobre un banco de la derecha.*)
MARQUES. Me es igual el sitio ahora:
verla á usted y que me escuche
es cuanto el alma ambiciona.
Esos salones magníficos

donde todo el mundo goza,
condesa, se lo confieso,
á mí me aburren, me ahogan.
Porque la he seguido á usted,
que ha querido bondadosa
distinguirme, se han fijado
en mí las miradas todas...
tal vez en mí presumiendo
felicidades que ignora
un alma que desconfia
de merecer tanta gloria.

CONDESA. Marqués... no le creo á usted
capaz de decir lisonjas...

MARQUES. No... no... el corazon me dicta
cuanto pronuncia mi boca.

CONDESA. ¿Sabe usted que es imposible
que yo á su afan corresponda?

MARQUES. ¡Imposible!

CONDESA. Sí, Luis;
con mucha razon se asombra;
pero no lo estrañe usted
pues no conoce mi historia.

MARQUES. ¿No es usted libre?

CONDESA. Sí...

MARQUES. Entonces...
¿qué teme usted?

CONDESA. Poca cosa
en cuanto á mí; pero temo
por usted.

MARQUES. ¡Por mí, señora?

CONDESA. Voy á hablarle con franqueza,
porque es la única persona
que aquí me inspira interés.
Tal vez usted no conozca
muy de cerca al de la Puente.

MARQUES. No mucho; mas... desde ahora
le aseguro á usted que es hombre
cuya presencia me enoja.

CONDESA. Lo estraño, marqués, seria
que le agradára...

MARQUES. En buen hora;
pero, condesa, el baron...

CONDESA. Se lo diré á usted en pocas
palabras.— Es mi ángel malo:
do quier vertiendo ponzoña
cuanto yo mas le desprecio
mas me sigue y me sofoca:
es hombre muy orgullo
y de un alma rencorosa;
usted marqués, es muy joven;
leal y franco de sobra,
y yo no quiero que sea
nunca el blanco de su cólera.

MARQUES. Por cierto, señora mia,
que eso mas y mas me arroja...

CONDESA. ¡Nunca!...

MARQUES. Buscaré al baron.

CONDESA. ¡Ah!... ¡no!... ¡no haga usted tal cosa!

MARQUES. ¿En tan poco usted me tiene
que juzga que ante una sombra
debo huir porque soy joven?
Esto decido, señora.

CONDESA. Mas...

MARQUES. Y en prueba de que quiero
hacer mi pasion notoria,
ruego á usted, bella condesa,
que me conceda la honra
de favorecer mi quinta...

CONDESA. Le suplico que me oiga...

MARQUES. Nada; yo haré que el baron
sus pretensiones recoja.

(*Sale el baron de entre la hojarasca.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA. EL MARQUES. EL BARON.

BARON. ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

CONDESA. ¡Cielos!... ¡aqui!...

BARON. ¡Oh!... ¡la aventura es famosa!

MARQUES. Estaba usted espiando...

BARON. ¡Eh! marqués, eso no importa...
soy curiosillo...

MARQUES. Con eso
aqui el trabajo me ahorra
de repetirle...

BARON. Está claro;
no he perdido ni una coma...
Conque ¿á la quinta?

MARQUES. A la quinta.

BARON. Permita usted que suponga
que no cerrará sus puertas
al baron, si es que se toma
la libertad...

MARQUES. Con placer
en ella á cualquiera hora
recibiré su visita.

BARON. Tanta bondad me sonroja...
iremos los dos, pondremos
la quinta á la última moda...
para que halle la condesa
aquella mansion mas cómoda...

CONDESA. ¡Caballero!...

BARON. Buenas noches...
marquesito... hasta la aurora.
(*Vase cantando por la escalinata.*)

CONDESA. ¡Dios mio!... ¿Qué cita es esa?

MARQUES. Nada, condesa, una broma...

CONDESA. ¡No!...

ESCENA XV.

DICHOS. EL VIZCONDE, *desde un balcon del fondo.*

VIZCONDE. ¿Luis?

MARQUES. ¡Qué!

VIZCONDE. Chico, Amalia
estar mas no le acomoda:
con que...

MARQUES. Voy.

VIZCONDE. No te molestes;
la llevaré en mi carroza. (*Ocultase.*)

MARQUES. Permítame usted, condesa...

no está bien que vaya sola...

CONDESA. Prométame usted, marqués,
que vendrá á primera hora
mañana á verme...

MARQUES. Bien.

CONDESA. ¿Sí?
¿lo jura usted?

MARQUES. Sí señora.

(*Vase por la escalinata, y sale Lorenzo por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

LA CONDESA. LORENZO.

CONDESA. ¡Habrá escándalo! ¡ay de mí!
está mi cabeza ardiendo...

LORENZO. Señora, ¿lo está usted viendo?

CONDESA. ¡Aun aqui!...

LORENZO. Cabal, aqui.

CONDESA. ¿Qué quiere usted ya?

LORENZO. ¿Qué quiero?
nada: estará usted contenta...
el negocio se presenta
del modo mas lisongero...

CONDESA. Bien, ¡cállese usted por Dios!...
yo arreglaré el compromiso...

LORENZO. ¿Usted sola?... no, es preciso
que lo arreglemos los dos.

CONDESA. Mas... ¿cómo?...

LORENZO. Si le interesa
estas cartas recoger...
(*Se las muestra y enseña una firma.*)

CONDESA. ¡Las mias!

LORENZO. Es menester
que la señora condesa,
es decir, si á ello se allana,
que las vaya á buscar...

CONDESA. ¡Sí!...
¿dónde?

LORENZO. No lejos de aqui.

CONDESA. ¿Dónde?

LORENZO. A la quinta mañana...

CONDESA. Iré.

LORENZO. Bien, guardo la pinta.

CONDESA. ¿Pero... cómo?...

LORENZO. Nada sé.

(*En ademan de retirarse.*)

CONDESA. No... diga usted... (*Queriendo detenerle.*)

LORENZO. No diré...

CONDESA. ¡Por Dios!...

LORENZO. Mañana á la quinta.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una sala en la quinta del marqués: puerta en el fondo, por la que se descubre una reja grande que deja ver parte de los jardines de la casa. A la derecha, dos puertas, una secreta: á la izquierda, otra puerta y una mesa con recado de escribir. Aparece el marqués sentado al lado de la mesa. Gines entra por el fondo con una carta en la mano.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. GINES.

MARQUES. Se me acaba la paciencia:
no viene, y ya tuve harta...
GINES. ¿Señor?...
MARQUES. ¿Qué es ello?
GINES. Esta carta
me han dado para vuecencia.
MARQUES. A ver...
(*La abre y mira la firma.*)
la firma el baron...
(*Lee.*) «Perdone el señor marqués
si no he estado puntual
á su cita... Una muger...
lo ha impedido... una aventura
galante... pero estaré
completamente á sus órdenes,
poco antes de oscurecer,
en la quinta, y con mis armas.

Repito, señor marques,
mil perdones.—El Baron
de la Puente.» ¡Hum!... Está bien.
Déjame solo. (*Vase Gines.*) Parece
que con despacio lo toma:
me escribe en tono de broma...
y esta broma me escarnece.
Mal demuestra su valor
y de él hace que se dude,
quien por mugeres no acude
con tiempo á un lance de honor.
No, pues como él no batalle
conmigo, y llegue á faltar...
por Dios, que le he de insultar
donde quiera que le halle.
¡Cómo está mi corazon!
Ya el amor de la condesa
no sé si me agrada ó pesa...
¡Tal es hoy mi turbacion!
Por otra parte, mi prima
mi culpable desden llora,
y allá en silencio devora
un amor que me sublima.
¡Cuán pronto! ¡ay Dios, he cambiado!
Ayer con afan buscaba
aventuras que ignoraba...
y hoy me tienen agobiado.
Agobiado, sí; ¿qué haré
en medio este torbellino?
¿Cuál será el mejor camino?
¡Ciego de mí!... no lo sé.
¡Qué bien Lorenzo temia
mi presencia en el gran mundo!...
en un abismo profundo
anunció que me hundiria,
y... pero ya está demás;
no cabe arrepentimiento,
ni es este el mejor momento
de volver el paso atrás.

ESCENA II.

EL MARQUES *y* LORENZO.

LORENZO. (Aqui está; ya le atrapé
y no se libra de mí.)
¿Señor?...
MARQUES. ¡Lorenzo! ¿tú aqui?
¿á qué has venido?... ¿dí?...
LORENZO. ¿A qué?...
MARQUES. ¿Es cosa de que he de estar
vigilado, prisionero?...
LORENZO. Perdone vuecencia, pero...
no lo puedo remediar.
Será mucha impertinencia...
mucha, sí... cómo ha de ser;
sin embargo, es mi deber
estar donde esté vuecencia.
MARQUES. ¡Dale!... con el tratamiento.
LORENZO. Pues bien, nada; no lo dí...
MARQUES. Lorenzo, vete de aqui,
que me estorbas.
LORENZO. Pues lo siento;
porque estoy, señor marqués,
resuelto en esta partida,
á estarme toda la vida...
MARQUES. ¡Vive Dios!...
LORENZO. Que viva pues.
MARQUES. No impacientes mi furor...
LORENZO. ¿Con que se va usted á batir?
MARQUES. ¡Qué!... ¿lo vienes á impedir...
LORENZO. Al contrario, no señor.
MARQUES. ¡Cómo?...
LORENZO. No se desarregla
nada por mí... usted recobre...
quiero que se bata el cobre;
pero que se bata en regla.
MARQUES. ¿Pero... tú?... ¡qué desatino!...
LORENZO. ¡Cómo, qué?... donde yo pongo
mi pabellon, no... ¿supongo
que no tendrá usted padrino?

MARQUES. Pues sí, le tengo.
LORENZO. ¡Bobada!
¿y quién es? ¿dónde se esconde?
MARQUES. Aun no vino, es el vizconde.
LORENZO. Vaya, eso no vale nada.
El vizconde... ¡por mi fé!
qué sabe él de bizarrias...
dejará hacer.. ¡no en mis dias!
su lugar ocuparé.
MARQUES. Se ofenderá y con razon.
LORENZO. Si por ello muestra enojo,
es muy sencillo, le cojo
y sale por un balcon.
MARQUES. ¡Lorenzo!
LORENZO. ¡Señor marqués!
él no hará lo que convenga,
porque es dificil que tenga
como yo tanto interés.
Él es un niño, en rigor
algo temible el rival,
este lance muy formal
y... yo me entiendo, señor.
MARQUES. Mas ¿quién te habló de esta lid?
¿cómo has sabido... por dónde...
LORENZO. Usted lo dijo al vizconde,
y él luego á todo Madrid.
MARQUES. ¡Botarate!
LORENZO. Sí señor;
¿no se lo dije á usted ya?
como quien es obrará;
mas no es esto lo peor.
MARQUES. ¡Qué dices!... ¿aun mas?
LORENZO. ¡Oh!... sí,
que su prima y la condesa
vienen aqui á toda priesa...
MARQUES. ¡Santos del cielo!... ¡aqui?
LORENZO. Aqui.
No tardarán en llegar;
la carretela venia
por el aire...
MARQUES. ¡Oh!...
LORENZO. Todavia

esto se puede arreglar.

MARQUES. Sí, arreglarlo... y ¿de qué modo?

LORENZO. Yo llenaré mis deberes...

MARQUES. ¿No vienen esas mugeres
para entorpecerlo todo?

LORENZO. Ellas cansadas vendrán,
y si tranquilos nos ven,
serenos, ellas tambien
sus temores calmarán.
Les señalaré aposento
apenas dejen el coche,
y se irán al ser de noche
á ocupar su apartamiento.
Que llega el baron, al punto
nos vamos al bosque: luego
el campo se parte... ¡fuego!
y está acabado el asunto.

MARQUES. Lorenzo mio, no sé
por lo que me estás hablando,
si conmigo estás obrando
de buena ó de mala fé.

LORENZO. ¿Cómo?

MARQUES. Me eres tan leal...

LORENZO. Por lo mismo ¡voto á brios!
me esplico así: una de dos.
usted sale bien ó mal.
Si él cae me alegraré,
esto á cualquiera convence:
mas si es al contrario y vence...
detrás de usted lo enviaré.

MARQUES. ¡Eso jamás!

LORENZO. No respondo
en ese caso de mí;
no sale con bien aquí;
se acabó y punto redondo.

MARQUES. Pues te prohibo...

LORENZO. No escucho,
me quedé sordo, señor...

MARQUES. Es que... (*Ruido de un carruaje.*)

LORENZO. A ver... ese rumor...
(Son ellas, me alegro mucho.)
¡Eh!... á no dar que decir:

yo me daré buena traza...
con que un poco de cachaza
y vamos á recibir...
Mas nos quitan el trabajo,
pues suben de dos en dos,
la escalera...

MARQUES. ¡Bien, por Dios!

LORENZO. Marques, con mucho agasajo...

ESCENA III.

LA CONDESA, AMALIA, *el* VIZCONDE, *el* MARQUES *y* LORENZO.

AMALIA. ¡Luis!

VIZCONDE. ¡Chico!

MARQUES. ¡Qué sorpresa!

CONDESA. ¿Dá usté á una pobre Condesa,
que viene muy fatigada,
por esta noche posada?

MARQUES. Y ¿ella lo puede dudar?

CONDESA. No se trata de abusar...

MARQUES. Usté sabe que sin tasa
puede mandar en mi casa.

VIZCONDE. Lo mismo que yo decia:
¿no anuncié que nos daria
con gusto hospitalidad?

CONDESA. Sí, Vizconde, es la verdad.

LORENZO. Yo no sé por qué dudando
han estado ustedes, cuand
se les esperaba aquí.

CONDESA. ¿De veras, Lorenzo?

LORENZO. Sí:
el marques nada sabia
porque ha estado todo el dia
en el Sotillo, y por cierto
que ha venido medio muerto
de cansancio, y sin tardar
pensaba en irse á acostar.

CONDESA. Pues por nosotras...

MARQUES. Ya, no...

CONDESA *y* AMALIA. Sí, sí...

LORENZO. Lo arreglaré yo

con presteza y de tal modo
que convengamos en todo.

MARQUES. Veamos lo que dispones.

LORENZO. Aquí hay dos habitaciones
muy á propósito: esa, (*La de la izquierda.*)
mi señora la Condesa
la ocupará, es muy bonita:
esta otra la Señorita, (*La de la derecha.*)
y para el señor Vizconde
allá dentro tengo donde
ponerle ¿no es esto? pues;
yo en el cuarto del Marqués
y ya estamos colocados.
A pasos apresurados
la noche llegando vá:
aquí cada cual está
cansado, y lo mas derecho
será meterse en el lecho
y de un tiron, cosa es llana,
dormir hasta la mañana.
Con que ¿qué tal?... ¿aprobado?

CONDESA. Me parece bien pensado.

AMALIA. Sí.

(*Vase el Vizconde al lado del Marques. Lorenzo se coloca entre las dos señoras. Unos y otros hablan aparte.*)

VIZCONDE. Y á mí... Ya que deseas
descansar.

MARQUES. ¡Maldito seas!...

VIZCONDE. (*Siguen aparte.*) ¡Hombre!... que...

AMALIA. Lorenzo, dí...

CONDESA. Qué hay...

LORENZO. Mucho y nada.

CONDESA y AMALIA. ¿Sí?

LORENZO. Sí:
déjenme á mi la fatiga;
pero hagan cuanto les diga... (*Siguen aparte.*)

VIZCONDE. No sé por donde han sabido...
ello es que me han perseguido...

MARQUES. Por tí.

VIZCONDE. ¿Por mí?... ¡qué bobada!

MARQUES. ¡Eh!... no puedes callar nada...

LORENZO. (*Alto.*) Traerán luces al momento:

cada cual á su aposento,
y á descansar estas horas.
Muy buenas noches, señoras.

MARQUES. (*A la Condesa.*) (Tenemos que hablar despues mucho los dos.)

CONDESA. (*Siguen aparte.*) (¿Qué, Marques?)

VIZCONDE. (*Bajo á Amalia.*) ¿Con que usted nada responde á mi afan?

AMALIA. Nada, Vizconde.

VIZCONDE. Mas... ¿tendré el honor luego
de que escuche...

AMALIA. No señor:
será en vano...

VIZCONDE. Allá veremos...

AMALIA. (*Siguen aparte.*) Jamás...

CONDESA. (*Al marques.*) Pues bien, hablaremos.

MARQUES. (*Alto.*) Buenas noches.

VIZCONDE. (Bien está.)
(*Saludando.*) Repito... (Al cabo me oirá.)

(*Vanse los dos por el fondo izquierdo. Entran Gines y dos criados con luces: aquel pone las que trae sobre la mesa, y estos las suyas en las habitaciones de la derecha é izquierda retirándose todos despues por el fondo.*)

ESCENA IV.

AMALIA *y la* CONDESA.

AMALIA. ¡Ay de mí!

CONDESA. Amalia... ¿por qué
suspiras?

AMALIA. Yo no lo sé...
no te lo puedo esplicar
pero quisiera llorar...

CONDESA. ¿Llorar tú? ¡nunca, no, no!
Dí, ¿no es verdad que soy yo,
confiésale con franqueza,
la causa de tu tristeza?

AMALIA. Carolina, no hables de eso
porque doblarás el peso
que abruma á mi corazon.

CONDESA. ¡Oh! ¡Amalia mia, perdon!...
Yo en un momento de olvido
sobre tu seno he vertido
mucho acibar...

AMALIA. No, Condesa...

CONDESA. Yo sé cuanto te interesa
tu primo...

AMALIA. Ya... nada...

CONDESA. ¿No?

AMALIA. Un tiempo... pero pasó...
en él he pensado... ¡oh!... sí...
mas... no ha reparado en mí.

CONDESA. Te engañas... yo sé que ahora
allá en silencio te adora...

AMALIA. ¡El!

CONDESA. Sí, bien lo he comprendido:
si él mis huellas ha seguido,
fué solo porque anhelaba
ver un mundo que soñaba,
en el cual entrado apenas
ha sentido sus cadenas.
Jamás mi amor...

AMALIA. ¡Oh!... ¡qué dices!...

CONDESA. En el echará raices:
el tuyo es puro... y su alma.
apetece ya la calma...

AMALIA. Comprendo tus intenciones:
no con bellas ilusiones
pretendas hoy consolar
á quien no puede esperar,
ni quiere esperar tampoco,
nada ya de un amor loco.

CONDESA. Amalia, en este momento
cuanto sufro y cuanto siento,
no es posible imaginar.
Deja unas horas pasar
y entonces con detencion
leerás en mi corazon.

AMALIA. No te comprendo.

CONDESA. Paciencia;
no juzgues por la apariencia:
que sepas me basta á mí

que yo no he venido aquí
por el amor del Marques.

AMALIA. Pues entonces ¡qué interés...,

CONDESA. Lorenzo... que tarda ya
tal vez nos esplicará...

AMALIA. Aquí viene.

CONDESA. Dios le guie,
y en nuestro favor le envie.

ESCENA V.

AMALIA. LORENZO, *la* CONDESA.

LORENZO. Toma, toma, yo creí
que ya estaban retiradas...

CONDESA. Esperábamos á usted.

LORENZO. Perdone usted la tardanza.
(*Bajo á Amalia.*) Señorita, yo quisiera
que me hiciera usted la gracia
de permitirme que á solas
con la Condesita hablara.

AMALIA. ¿Pues qué?... ¿yo no puedo...

LORENZO. No;
Lorenzo se lo demanda,
porque así conviene.

AMALIA. Entonces...

LORENZO. ¿Tiene usté en mí confianza?

AMALIA. ¡Sí!

LORENZO. Pues despídase usted
de su amiga.

AMALIA. Hasta mañana,
Carolina.

CONDESA. ¡Qué... ¿me dejas?

LORENZO. Dice que está fatigada,
y es muy justo...

CONDESA. A Dios.

AMALIA. A Dios.

LORENZO. Aliente usted su esperanza.
(*Acompañándola hasta la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA. LORENZO.

CONDESA. Y bien, Lorenzo....
LORENZO. Señora,
caminamos sobre ascuas,
y es menester mucho tino
para no dar en las brasas.
CONDESA. Pero.... ¿el duelo?
LORENZO. Ahí está el quid:
no sé como tanto tarda
el baroncito....
CONDESA. Pues qué!
¿espera usted que se batan?
LORENZO. Lo que yo espero es que todo
hoy se lo lleve la trampa.
CONDESA. ¡Que escucho! Y yo que en usted
estaba tan confiada....
LORENZO. Yo tambien hasta hace poco
en mis fuerzas confiaba,
pero por mas que trabajo
está visto que no alcanzan....
aquí tiene usted, señora,
la consecuencia inmediata
de cuanto yo le decia.
CONDESA. Dejemos eso; ya basta
de reconvenciones: sé
que he cometido una falta;
me pesa mucho, y deseo
si es posible remediarla.
¿A qué me ha hecho usted venir
hasta el campo de batalla?
¿adónde es el desafio?
¿qué hora tienen aplazada?
porque si usted desespera
de evitar esta desgracia,
yo entonces haré por mí
lo que debo en tal demanda.
LORENZO. Señora Condesa, bueno;

que me placen sus palabras:
aun hay remedio si usted
conmigo es ingénua, franca....

CONDESA. Veamos.

LORENZO. Usted desea
recoger ó no, estas cartas?

CONDESA. Sí, á toda costa.

LORENZO. ¿Y no es cierto
que dá usted poca importancia
á la pasion del Marques?

CONDESA. Le apreció mucho, mas....

LORENZO. Nada;
no empecemos con rodeos,
hablemos señora, en plata.
Para hacer frente al baron
usted le quiso dar alas....

CONDESA. Adelante.

LORENZO. Es de creer,
que usted sin gran repugnancia
le daria un desengaño
de esos que llegan al alma.

CONDESA. Segun el qué usted me ecsija:
antes de una accion bastarda
prefiero....

LORENZO. No, no señora;
de nada de eso se trata.

CONDESA. Acabe usted.

LORENZO. El marques
presumo que quiere hablarla
cuando esta noche estén todos
recogidos en la casa.

CONDESA. Asi me lo ha suplicado.

LORENZO. Pues es cosa necesaria
que se halle usted cuando él venga
de la quinta á gran distancia.

CONDESA. ¿Nada mas?

LORENZO. Es menester
que escriba usted una carta....

CONDESA. Y ¿qué he de poner en ella?

LORENZO. Muy poco... cuatro palabras....
vamos pues... aqui hay recado....

CONDESA. Pero... qué?...

LORENZO. Voy á dictarla.
CONDESA. ¡Usted!
LORENZO. Con razon se admira;
no deja de ser estraña
la aventura... yo dictando
á usted... tan aventajada
en estos lances... ja! ja!....
suceden cosas muy raras.
CONDESA. Oh!... sí... sí...
LORENZO. Cuando usted guste,
Señora condesa....
CONDESA. (*Tomando la pluma.*) Vaya.
LORENZO. (*Dictando.*)
«Marqués, todo se acabó:
»no quiero que una humorada
»imprudente, cause afanes
»á usted, al baron y á Amalia.
»Siento haber alimentado
»sin saber su ardiente llama;
»pero hoy que todo lo sé,
»creo que estoy obligada
»á poner con mano fuerte
»un dique á sus esperanzas.
»En prueba de ello ahora mismo
»me alejo de aquí, y mañana
»saldré en mi silla de posta
»bien temprano, para Italia.
»De usted muy reconocida....
»La condesa de la Palma.»
Hemos concluido: he dictado
cuanto queria en sustancia;
ahora usted lo corrige
si el lenguage no le agrada.
CONDESA. No, nada me ocurre.
LORENZO. Entonces
sírvase usted colocarla
en el cuarto, donde pueda
verla el marqués á su entrada.
CONDESA. Asi lo haré.
LORENZO. Yo entre tanto
á un criado haré que vaya
á avisar que el carruage

le dispongan sin tardanza.

CONDESA. Y ¿usted responde....

LORENZO. De todo.

CONDESA. Yo descanso en su palabra.

(*Vase Lorenzo por el fondo izquierdo.*)

No hay remedio; es ya preciso
obedecer cuanto manda....
Saldré de aquí; pero no
me alejaré gran distancia:
yo debo observarlo todo
mientras no esté asegurada....
Pongamos la carta al punto
donde el marques pueda hallarla....
¡quién creyera!... mas... ¿qué importa?
así recobro la calma,
así desarmo al baron,
y así le veré á mis plantas.

(*Entra en la habitacion de la izquierda y sale el Baron fondo derecha.*)

ESCENA VII.

EL BARON.

Pues señor, no encuentro á nadie
por mas que registro y ando....
¿me habrá citado el marqués
para un castillo encantado?
Va!... no debe este silencio
parecerme tan estraño....
comprendo; estará á estas horas
sus negocios arreglando:
puede ser que le hayan dicho
que soy funesto en el campo;
y como es la vez primera
que conmigo se hace el guapo
tal vez hasta el testamento
quiera dejar... por si acaso....

ESCENA VIII.

LA CONDESA. EL BARON.

CONDESA. Ya está....
BARON. Condesa!
CONDESA. Baron!
BARON. Já! já! já!... encuentro mas raro!....
CONDESA. ¿Qué tiene de singular
que me encuentre usted....
BARON. ¡Buen chasco
me ha dado usted.... lo confieso
estaba tan descuidado
que no esperé que hoy... y aquí....
me saliera usted al paso.
CONDESA. ¿Tal vez usted presumia
que triste, anegada en llanto
á estas horas la condesa
estaria lamentando...
BARON. Yo diré á usted; no le faltan
á la Condesa cuidados....
y aunque otra cosa aparente
yo sé que le dan mal rato.
CONDESA. Se equivoca usted, Baron.
BARON. Ah! no señora, es esacto.
Por de pronto usted pretende
que no haya duelos ni escándalos
porque á su reputacion
en la corte le harán daño.
Prueba de ello, la presencia
de usted aquí: sin embargo,
esto en usté es natural;
algo mas hay que estrañarlo
en el Marqués, quien sin duda
á usted le habrá suplicado
que venga aquí, y le apadrine....
CONDESA. Es usted de lo mas fátuo....
BARON. Señora....
CONDESA. Sí, lo repito:
en usted ni por acaso

se halla nunca un pensamiento
generoso....

BARON. Muy bien, bravo!

CONDESA. El Marques nada me ha dicho,
ni ha menester de mi amparo:
antes bien el verme aquí
ha sentido en alto grado
porque es muy pundonoroso....
¿entiende bien su adversario?

BARON. Es decir que su venida
ha sido un acto espontáneo....

CONDESA. Cabal, sí señor.

BARON. Condesa!
que no me haga usted tan cándido
le suplico: ¿quiere usted
que yo crea de contado
que usted mira al marquesito
con ojos apasionados.

CONDESA. No señor; yo no pretendo
tal disparate, ni trato
de darle satisfacciones;
padece usted un engaño:
no le amo, aunque reconozco
que es digno de ser amado,
y en prueba de ello, ahora mismo
los dejo solos, y parto.

BARON. ¿Qué dice usted?.... á Madrid
dá usted la vuelta?....

CONDESA. Sí.

BARON. Vamos,
aquí ha habido esplicaciones
y crueles desengaños....
comprendo perfectamente
su posicion... ¡he triunfado!

CONDESA. Sí señor... ja! ja!

BARON. ¿Se rie....
¡celebra usted....

CONDESA. Mucho!... aplaudo....

BARON. ¿No es cierto que la ocurrencia
es ocurrencia del diablo?
¡poner las cartas de usted
del buen marqués en las manos!

¡Qué de cosas habrá dicho!
él que es tan morigerado....
¿que tal, condesa? usted vé
de que modo desencanto....

CONDESA. Muy digno de usted, baron;
mas por hoy se han embotado
sus bien afiladas armas,
siento tener que anunciárselo....

BARON. Cómo!

CONDESA. El marques nada sabe
ni á sus manos han llegado
mis cartas, ni llegarán.

BARON. ¡Qué es lo que estoy escuchando!

CONDESA. Hola!... parece que ahora
le toca á usted... ¡insensato!
¿Esperaba usted hallarme
de rodillas, suplicando
con tal de que me librára
hoy de ridículo tanto?
¿Llegó usted á imaginar
que era tan seguro el lazo
que á mi decoro tendia,
que para hacerlo pedazos
necesitaba de esfuerzos
y recursos sobre humanos?
Vea usted lo que son las cosas;
sin saber cómo ni cuándo,
ha venido usted á dar
hoy... su mejor golpe en vago.
Muy necio, señor baron;
muy necio y muy confiado
ha estado usted en el lance:
ya por fortuna levanto
libre y serena mi frente,
y sin temor le declaro
que altamente le desprecio....

BARON. Señora, basta de agravios:
esas cartas... ¡esas cartas!....

CONDESA. En una segura mano
están ya....

BARON. ¿Quién las posee?
¡Quién ha sido el temerario.

que á tanto se espuso....

ESCENA IX.

LA CONDESA. EL BARON. LORENZO.

LORENZO. Yo.
BARON. Tú!... miserable, villano....
LORENZO. Yo, baron; y usted perdone
que ahora no le haga caso
porque tenemos despues
para hablar tiempo sobrado.
Señora condesa, está
la carretela esperando:
ya sabe usted....
CONDESA. Al momento.
BARON. Mas....
CONDESA. Para Madrid le emplazo;
¡oh!... ¡qué temible es usted
señor baron... já! já!...
LORENZO. Vamos,
que es el tiempo muy precioso
y lo tenemos tasado.
(*Acompaña Lorenzo á la Condesa hasta el fondo y vuelve.*)

ESCENA X.

LORENZO. EL BARON.

LORENZO. Estará el señor baron
hecho conmigo un veneno:
celebro que en tal terreno
se coloque la cuestion.
BARON. ¿Dónde las cartas están
que en el jardin te entregué?
LORENZO. ¿Dónde?... aqui las tiene usted;
(*Señalando al bolsillo del pecho.*
pero de aquí no saldrán.
BARON. Yo cuento con decision
para arrancarle al momento,
con las cartas, el aliento
que miente su corazon.

LORENZO. Eso el verlo á usted le toca,
aunque pienso por mi parte
que tendrá usted menos arte
en las manos que en la boca.

BARON. Semejante insulto á mí....

LORENZO. Sí señor; esas tenemos:
contemple usted....

BARON. (*En ademan de acometerle.*) Acabemos...
Dámelas pronto... ó ¡ay de tí!

LORENZO. Eh!... quieto!... (*Asiéndole un brazo y sugetándole fuertemente.*)

BARON. Suelta!

LORENZO. Aunque anciano
me sobran poder y aliento
para darle á usted tormento
haciendo polvo su mano. (*Lo arroja.*)

BARON. ¡Ira del cielo!

LORENZO. Baron,
tenga usted bien entendido
que este hombre está decidido
á llenar su obligacion.
Yo le declaro la guerra,
y advierta usted que jamás
para volverme á mí atrás
hubo poder en la tierra.

BARON. Que no era capaz creí
de tanta baladronada,
quien por su edad avanzada
de todo está libre aquí.
Pero ya que en conclusion
quiere echarla de valiente,
yo no tengo inconveniente
en darle á usté una leccion....

LORENZO. Maldito si yo me asusto:
al cabo nos entendemos....
si usted quiere bajaremos....

BARON. Sí señor, con mucho gusto.
Mas sepamos qué interes
le obliga á hacerme la guerra....

LORENZO. Para mí no hay en la tierra
mas ley ni amor que el Marqués.
Usted solo por vengar

el desden de una señora,
con intencion bien traidora
con él la ha querido armar.
Y yo que tender la red
le he visto en esta ocasion,
por idéntica razon
la quiero armar con usted.
El Marqués le está aguardando,
de vencer tiene esperanzas,
mas yo que entiendo estas danzas
me estoy á los diablos dando.
Porque usted si es menos fiel
es mas diestro ; y yo prefiero
batirme, porque no quiero
que se divierta con él.
Esta es mi resolucion,
y ya le he esplicado el modo....
yo entiendo un poco de todo,
con que ya espero, Baron.

BARON. Estraño es por vida mia
cuanto le acabo de oir....
no es mal modo de encubrir
del Marqués la cobardia....

LORENZO. Calle usted, porque si él sabe
que así le llegó á ofender....
aquí mismo puede ser
que la refriega se trabe.
¡El cobarde!... ¡voto á brios!...
criado por mí... primero...

BARON. Bien dígale usted que espero...

LORENZO. Cuando acabemos los dos.
No olvide usted que mi ofensa
es mayor: le he arrancado
unas cartas: le he insultado,
y si pronto á la defensa
no sale el señor Baron
hará que ciego, demente
le cubra esa torpe frente
con un perpétuo borron.

BARON. Es imposible sufrir
tan estúpida arrogancia:
no quise darle importancia...

mas... yo le haré arrepentir.

LORENZO. Bien, Baron, vamos, por Dios.

BARON. Vamos pues. (*Dirijiéndose al fondo.*)

LORENZO. (*Señalando la puerta secreta de la derecha.*)
No, por allí.

BARON. Me es igual.

LORENZO. Bien, por aquí...
no volveremos los dos.

ESCENA XI.

EL MARQUES.

No hay nadie... me pareció
que hablaban, pero en silencio
todo yace... ya estará
recogida en su aposento
la Condesa: aun el Baron
no ha venido, y mi Lorenzo
está encargado de todo:
tranquilo estoy... y ahora debo
despedirme para siempre
de la Condesa...

(*Se dirige á la habitacion de la izquierda y al entrar lo ve el Vizconde que sale recatándose por el fondo.*)

ESCENA XII.

EL VIZCONDE.

¡Soberbio!
al truchiman no le gusta
por lo visto perder tiempo:
en vísperas de batirse
tiene humor de galanteos...
si lo he dicho, este muchacho
vá á ser el non plus... y el pérfido
me ha andado hurtando las vueltas...
pero yo que no soy lerdo
le sigo la pista y... zás!
le pillo en la trampa... ¡bueno!
hace bien, divinamente;

asi yo pudiera al menos
lograr que esa bella ingrata
calmára el voraz incendio
que sus ardientes miradas
han producido en mi seno!
Mas; ¡qué diantre! yo no sé
por qué así me desespero...
nunca un hombre como yo
debe abandonar el puesto
á las primeras de cambio,
y francamente, yo tengo
un poco de seductor
y otro poco de travieso.
¿Quién sabe, aunque oir no quiere
mis amantes juramentos,
si será porque no crea
que soy bastante sincero?...
Mi fama... bien puede ser;
acaso con otro esfuerzo
convencerla lograria...
y en probarlo yo, ¿qué pierdo?
¿De emprendedor y arriesgado
no me dá el Márques ejemplo?
Vamos allá, valor mio,
que yo no quiero ser menos.

(*Entra en la habitacion de la derecha y sale el Marques de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUES *con la carta de la Condesa en la mano. Despues el* VIZCONDE.

MARQUES. ¿No está...! todo se acabó...
¿estoy soñando ó despierto...
¡Condésa...! no me responde...

(*Dentro. Agitando fuertemente la campanilla.*)

AMALIA. ¡Un hombre!... ¡Marques!... ¡Lorenzo!...
MARQUES. Un hombre... y la voz de Amalia...
VIZCONDE. Divinamente...
MARQUES. ¡Qué veo!
VIZCONDE. Chico, nada...

MARQUES. (*Asiéndole del cuello.*) ¡Miserable!
VIZCONDE. ¡Hombre!... escucha... (*Suena un pistoletazo.*)
MARQUES *y* VIZCONDE. ¡Ah!

ESCENA XIV.

AMALIA. MARQUES. VIZCONDE.

AMALIA. ¡Santos cielos!
¡Luis!... ¿dónde estás?...
MARQUES. ¡Amalia!
AMALIA. (*Reconociéndole.*) ¡Ay de mí! que apenas puedo
sostenerme... yo creí
que ese tiro...
VIZCONDE. Con efecto
dice usted muy bien, un tiro
ha sonado y no muy lejos...
MARQUES. Vizconde... yo deberia
tratarte en este momento
como á un amigo traidor...
VIZCONDE. Pero ¡hombre! ¿qué estás diciendo?
cuando te digo que ha sido
la cosa mas...
MARQUES. No, no quiero
disculpas, es menester...
AMALIA. ¡Eh!... Marques, dejemos esto.
Ese tiro, aquí, tan cerca...
no sé qué presentimientos...
VIZCONDE. Tiene usted mucha razon
eso puede ser muy serio...
CONDESA. (*Dentro.*) ¡Marques!...
MARQUES. ¡Esa voz!...
CONDESA. (*Dentro.*) Marques...

ESCENA XV.

LA CONDESA. EL MARQUES. AMALIA. EL VIZCONDE. *Despues* GINES.

MARQUES. ¡Señora!...
CONDESA. ¡Aquí usted!...
MARQUES. ¿Qué es esto?
¿como es que tan agitada

la vuelvo á ver...

CONDESA. No comprendo...
¿ha salido usted de aquí
hace poco?

MARQUES. No, por cierto.

CONDESA. Pues entonces ¿quiénes son
los que mantienen el duelo?

MARQUES. Pero... ¿qué duelo, señora?...

CONDESA. ¿No ha escuchado usté el estruendo...

MARQUES. ¿Sí... pero... tal vez un guarda...
pronto de dudas saldremos...
¡Lorenzo!... ¡Gines!...

SALE GINES. Señor.

MARQUES. ¿Qué ha sido?...

GINES. No sé...

MARQUES. ¿Y Lorenzo?

GINES. Hace un rato que le he visto
de la luna á los reflejos
con un caballero entrar
en el bosque...

MARQUES. ¡Un caballero!
¿qué señas?

GINES. Alto, delgado...

CONDESA. ¿Joven? ¿vestido de negro?...

GINES. Esactamente...

CONDESA y MARQUES. ¡El baron!

AMALIA. ¡Ah!

MARQUES. ¿Está aquí... y yo sin saberlo!...
todo lo comprendo ahora...
¡Lorenzo mio!... ¡qué infierno!...
¡pronto... luces!... al jardin!... (*Sale Lorenzo.*)

ESCENA XVI.

CONDESA. AMALIA. MARQUES. LORENZO. VIZCONDE.

LORENZO. Todo el mundo se esté quieto.

AMALIA. ¡Lorenzo!

MARQUES. (*Reconociéndole.*) ¿Qué tienes?

LORENZO. Nada:
jamás estuve mejor.

MARQUES. ¿Qué has hecho?